EL PAMPERO americano

Hijo audaz de la llanura
Y guardián de nuestro cielo,
Que arrebatas en tu vuelo
Cuanto empaña su hermosura...

N° 12 Buenos Aires - setiembre de 2005 $ 4

Las respuestas mundialistas a la formación de la Comunidad Sudamericana

LOS YANQUIS EN PARAGUAY, LA CRISIS EN BRASIL Y EL ACTA AMIA

En este mismo espacio (El P.A. N°11) señalamos las posibilidades que se abrían a partir de la constitución de la *Comunidad Sudamericana de Naciones*, pero también los desafíos que le impiden constiuirse como entidad política realmente soberana. Distinguimos además vías de acción que EE.UU. y otros factores de poder *global-invasor* podían implementar para detener, debilitar o distorsionar esa iniciativa geopolítica. Desde entonces se produjeron acontecimientos importantes, como el acuerdo militar entre EE.UU. y Paraguay, la crisis política en Brasil o el Acta firmada por el gobierno nacional a propósito de las Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA).

La respuesta a Chávez

Entre el 16 y el 18 de agosto el jefe del Pentágono, Donald Rumsfeld, efectuó una gira relámpago por Lima y Asunción del Paraguay y suprimió sobre la marcha su programada visita a Montevideo. Días antes, entre el 10 y el 11, Hugo Chávez había estado en Montevideo, Buenos Aires y Brasilia. Imposible no relacionar ambas giras. El tono y las advertencias de lo dicho por Rumsfeld sobre la acción desestabilizadora de Chávez, en Bolivia y en América del Sur en general, no dejan lugar a dudas.

En la gira de Chávez se destacan, entre otros puntos, el acuerdo con Uruguay para que *Petróleos de Venezuela* participe en la explotación *off-shore* de hidrocarburos, a partir del descubrimiento de un yacimiento importante; el convenio con Argentina para la construcción de buques petroleros y un claro gesto de respaldo político a Lula da Silva, jaqueado por las denuncias de corrupción (se hablaba ya de juicio político).

La estrategia de Chávez apunta a una integración en el campo de la energía, particularmente gas y petróleo, que de concretarse sería una poderosa herramienta geopolítica. De ahí la importancia de lo que ocurra en Bolivia y el interés de Chávez en su desenlace. Venezuela posee las mayores reservas de petróleo y gas de América del Sur y una de las más importantes del mundo; Bolivia la segunda reserva de gas del subcontinente. La presencia allí de un gobierno amigo permitiría acelerar el proyecto de integración. Si le agregamos el desarrollo (a ritmo lento) de los acuerdos ya suscriptos con Argentina y con Brasil, está claro que la incipiente *Comunidad* contaría con un instrumento estratégico de indudable relevancia. Sobre todo teniendo en cuenta la disparada del precio del petróleo y las dificultades de EE.UU. para poner en plena producción los yacimientos de Irak.

USA en el corazón de América del Sur

Al cruce de la consolidación de la Comunidad Sudamericana y de la estrategia de Venezuela al respecto, contrapone el Pentágono el acuerdo militar con Paraguay. Mientras en Lima Toledo confirmaba su voluntad de que Perú firme con EE.UU. un *acuerdo de libre comercio*, en el camino de Chile y de Colombia.

El acuerdo con Paraguay consiste en esencia en el otorgamiento –por ley del Congreso– de las inmunidades absolutas que pretende EE.UU. para sus fuerzas, no concedidas por Brasil o Argentina, y la realización de una serie de operativos conjuntos hasta diciembre del año próximo. Por ahora, participará reducido número de tropas, pero con la perspectiva de ampliar y profundizar la cooperación militar, sobre todo con la reactivación de la base de Mariscal Estigarribia, construida a mediados de la década del '80, con su aeródromo apto para el aterrizaje de aviones de gran porte, tanto bombarderos como de transporte, y su radar de largo alcance. Por ahora está "dormida", pero en cualquier momento puede ser puesta en funcionamiento pleno.

Rumsfeld, era de esperar, habló del narcotráfico y las células islámicas, "dormidas" también, de la Triple Frontera, fantasmales hasta ahora pero muy útiles a la estrategia yanqui. Y que siempre pueden ser despertadas por la CIA, para que el Pentágono "despierte" a su vez la base de Mariscal Estigarribia.

Es interesante el argumento con que justificó el acuerdo el vicepresidente Luis Castiglioni, muy bien visto por el empresariado paraguayo y por Washington y probablemente el verdadero artí-

EN ESTE NUMERO

GUERRA SEMANTICA: DIOS Y CESAR

EL PENTECOSTES DE LOS GENTILES

LOS ATENTADOS DE LONDRES Y EL ISLAM

LA REVOLUCION DE QUITO

EL QUIJOTE: 4° CENTENARIO

LUGONES Y LA GUERRA GAUCHA

fice del convenio. Citando a Pablo VI (!) dijo que "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz", y por eso Paraguay ofrecía cooperar en el área de seguridad, a cambio de mayor apertura norteamericana a las exportaciones paraguayas. Esto es, seguridad a cambio de desarrollo; o mejor, un poco de pan a cambio de soberanía. Aquí se ve cómo convergen en la construcción del mundialismo la geopolítica de la superpotencia hegemónica y la geopolítica vaticana o globalización de la *solidaridad*, supuestamente diferenciadas o enfrentadas. Y cómo la geopolítica *solidaria* termina ablandando las resistencias nacionales y la defensa soberana de los Estados. Así lo veremos también en Brasil. Y en realidad esto no debe extrañarnos, después de la ratificación del gran eje judeocristiano de Bush, Benedicto XVI y Sharon, como lo evidencian la presencia relevante de la primera línea política yanqui en los funerales de Juan Pablo II, o la visita de Benedicto XVI a la sinagoga de Colonia como una de sus primeras iniciativas en política exterior. Para desconcierto de muchos, la línea principal de la construcción del gobierno mundial pasa hoy por la "derecha".

Los verdaderos objetivos yanquis en Paraguay son obvios: se instalan en el corazón geopolítico de América del Sur, van completando un cerco de bases en torno a Brasil y logran un punto de apoyo para intervenir en Bolivia, según sea el desenlace electoral: a) apoyando a su candidato (que sería J. Quiroga, de pensamiento, tememos, similar al de Castiglione), b) jaqueaando al candidato que apoyan Venezuela, Brasil y Argentina (Morales) o c) actuando en cualquier crisis que desemboque en secesión y fragmentación al estilo de Yugoslavia. Además de instalarse cerca de importantísimas reservas sea de petróleo y gas –pues Mariscal Estigarribia se encuentra en pleno Chaco paraguayo, mucho más cerca de la frontera con Bolivia que de Asunción–, sea de agua dulce, en el denominado *Acuífero Guaraní*.

El canciller brasileño Celso Amorim ha dicho que una base norteamericana en Paraguay es innecesaria y que Paraguay deberá cumplir los acuerdos económicos del Mercosur; Argentina no se pronunció oficialmente. Pero otro argumento de Castiglioni fue el escaso resultado económico que para Paraguay había tenido hasta ahora el acuerdo de integración.

Que dos economías como la brasilera y la argentina no hayan podido resolver este reclamo es imperdonable. Pero ello ratifica el flanco débil de los acuerdos de integración ya concretados en América del Sur: escaso compromiso para una verdadera concertación política que acordase, por ejemplo, que las cuestiones de seguridad y antiterrorismo en el Cono Sur se afronten sin presencia de potencias extrañas. Y esta debilidad política permite el mencionado desembarco yanqui en Paraguay.

La crisis en Brasil

Una de las razones principales de la escasa reacción de Brasil ante lo de Paraguay tiene que ver con la parálisis generada en su política exterior por la crisis derivada de las denuncias por corrupción contra la cúpula del Partido de los Trabajadores (PT). Brasil es, si no el inmediato, el principal objetivo a largo plazo de la maniobra yanqui; mucho puede perder así, puesto que la construcción de la Comunidad Sudamericana es un proyecto impulsado sobre todo por Brasilia. Y ya en El P.A. N°11 examinamos el rol que su geopolítica pretende jugar.

La crisis política en Brasil ha sido analizada mayormente o desde un punto de vista "ético" –el problema de la corrupción– o en todo caso de política interna: el futuro del PT, la "debilidad de las instituciones democráticas", etc. O sea desde el punto de vista que el enemigo de una verdadera unidad sudamericana quiere. Pero poco se dijo sobre sus consecuencias geopolíticas. No obviamos el problema de la corrupción; el comportamiento de la cúpula del PT ha sido de una irresponsabilidad inexcusable. Salvo que todos saben que eso pasa en todos los partidos y casi todos los países. Y por eso debe quedarnos claro que estas operaciones "mani pulite" tienen objetivos políticos precisos. Quienes conocen dónde están los focos de corrupción –el terreno minado– los hacen saltar en el momento oportuno en función de aquellos objetivos (como se intentó en Argentina, no sabemos aún con qué desenlace, en la cuestión de Kirchner y los fondos de la provincia de Santa Cruz). No hay ninguna preocupación "moral" en todo esto. Y si en algún desprevenido la hubiera, tanto mejor para el propósito descripto.

Porque el sector del PT golpeado por la crisis es el que más enfatizó tanto la geopolítica de la unidad sudamericana como el distanciamiento de EE.UU., por razones estratégicas como el control de la Amazonia. La figura más representativa del sector, denominado "campo mayoritario", es José Dirceu precisamente. Y éste es el que está en crisis y en proceso de fragmentación, hasta el punto de que podría producirse en el PT una fractura seria, que daría lugar (¡horror!) a la aparición de algún movimiento "populista" a lo Chávez (o Vargas, o Perón), según advirtió preocupado el ex presidente Fernando Cardozo.

Ahora bien, la izquierda del PT ya se había apartado del rumbo definido por Lula da Silva y se encontraba prácticamente en la oposición, en especial los vinculados con las comunidades cristianas de base. Otra línea de poder dentro del gobierno la representa el ministro de economía Palocci, sostenedor de la "ortodoxia" económica y las buenas relaciones con el FMI y el poder financiero. Y aunque también Palocci fue salpicado por las acusaciones, lo cierto es que hasta ahora ha logrado mantenerse.

En la cuestión de la política económica, y ante el fantasma de un *default* como el de la Argentina, Lula había optado por un acuerdo con el Fondo Monetario, aun a costa de la restricción que eso significó en sus políticas sociales. En medio de la crisis, esa política es lo que motivó el apoyo de EE.UU. justamente. Pero claro que también hay que preguntarse por el efecto de esta crisis en la *política exterior* brasileña, particularmente en el ámbito sudamericano. Porque Washington no había logrado lo

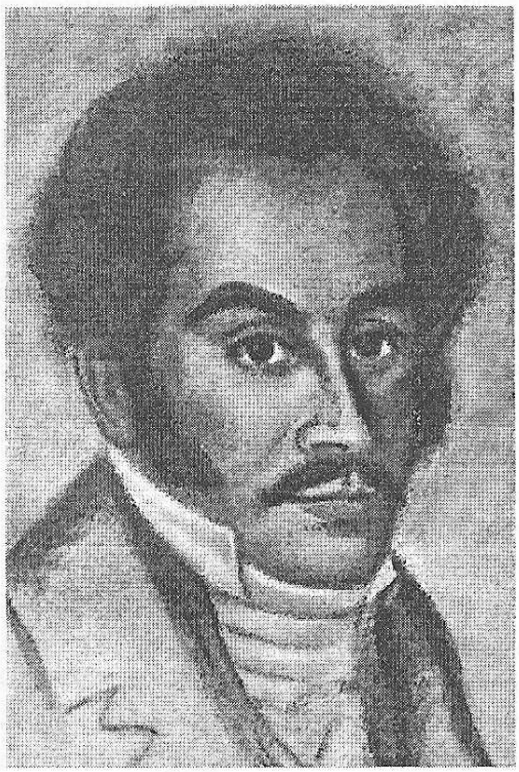
más importante, el objetivo geopolítico. Y es allí donde la crisis golpeó más duro hasta dejar en pie, por descarte, un sector de buen diálogo con EE.UU. y los intereses financieros.

Curiosas coincidencias

De la intensidad de las presiones desatadas dan buen ejemplo las declaraciones de Lula, cuando recordó el suicidio de Getulio Vargas e intentó emparentar a quienes hoy jaquean su gobierno con quienes hicieron fracasar a su antecesor y frustraron el acuerdo propuesto por Perón entre Argentina, Brasil y Chile.

Las denuncias partieron inicialmente de un dirigente ignoto de un ignoto Partido Laborista Brasileño. Pero luego, en una verdadera catarata que no cesa desde hace meses, se fueron agregando denuncias y tomas de posición ilustrativas.

El presidente del Partido Liberal reveló que el PT había pagado 4 millones de dólares para concretar la alianza electoral. Y cabe recordar que a este partido pertenece el vicepresidente José Alencar, quien dijo que, aunque sigue fiel al presidente (?), "está listo" de todos modos para reemplazar a Lula. Este *Partido Liberal* tiene profundas vinculaciones con una secta seudorreligiosa, la *Iglesia Universal del Reino de Dios*, muy activa en Argentina, pero mucho más en Brasil, donde detenta un considerable poder mediático y económico. Es un grupo protestante fundamentalista y habría que decir (al menos por su simbología, prédica y rituales) judeo-protestante, con fuertes relaciones en el mundo yanqui. Actualmente estaría formando un partido propio. La presencia de este tipo de sectas tiene que ver sin duda con la geopolítica yanqui: su implantación en América Latina es alentada desde hace décadas.



Simón Bolívar

¿Y cómo han jugado aquí los clérigos de la *teología de la liberación*, que tanto tuvieron que ver con la fundación del PT y la llegada de Lula al poder?

Frei Beto, uno de los gurúes de esa *teologia*, quien ya había renunciado a su cargo en el gobierno en desacuerdo con la política económica, manifestó, en plena crisis, que "el daño que le hizo el PT a la izquierda es mayor que el que le hizo la derecha". Más ilustrativas aún son las declaraciones de otro gran pope de este sector, el cardenal Evaristo Arns: "Cuando Lula llegó al poder, comenzó a hacer estupideces y se alejó de las comunidades de base; quiere mantener a Brasil como protagonista de nivel mundial, una utopía que al pueblo no le interesa". Es decir, apuntó precisamente a la geopolítica de Brasil. Interesante definición, convergente con el planteo del vicepresidente paraguayo y los intereses estratégicos norteamericanos. Lo único que importa para ellos es el desarrollo, según un limitado concepto de la justicia social que hace prescindible la soberanía. Aunque sin soberanía no pueda haber Estado justo.

La posición argentina

A diferencia de Brasil, la Argentina decretó el *default*, salió bastante airosa de una durísima negociación con los acreedores y avanza en la política de desendeudamiento con el FMI –lo que pese al alto costo económico y social implica quizás mayor autonomía política–, a veces con el respaldo de EE.UU. ante los organismos financieros, al menos en una primera etapa. Ha sido en cambio bastante más permeable a la presión yanqui en políticas de seguridad, de lucha contra el terrorismo y de cooperación militar. Puede ser el precio a pagar por aquel apoyo, pero no deja de tener consecuencias delicadas.

En el número anterior ya analizamos la visita de Rumsfeld en marzo pasado y los acuerdos resultantes de cooperación en tecnología militar, lucha contra narcotráfico y terrorismo, etc. No logró su objetivo principal, la radarización del territorio argentino. Hasta ahora al menos la estatal INVAP quedó a cargo de su desarrollo que, de concretarse, sería un logro importantísimo.

La así llamada "guerra contra el terrorismo" sirve a Washington para generar acuerdos, compromisos, pactos, etc. que en todo el mundo le permiten profundizar su injerencia en cuestiones militares, de inteligencia y seguridad e imponer las políticas correspondientes, o al menos ejercer una supervisión sobre lo que se hace o deja de hacer en estas áreas. Aliado importante en este campo es Israel, sobre todo en Argentina, por la específica injerencia de sus servicios secretos en las áreas de inteligencia (SIDE) y seguridad. La falta de esclarecimiento de los atentados contra la embajada de Israel y contra la AMIA ha provisto los argumentos e instrumentos más relevantes para esa penetración.

El Acta AMIA

Desde la visita de Rumsfeld y el acuerdo marco de cooperación con el Pentágono hubo novedades por cierto, como la reciente firma de un convenio para el desarrollo de sistemas de seguridad informática en el campo de la defensa.

Pero mucho más preocupante es el reciente acuerdo entre la Argentina, la *Comisión Interamericana de Derechos Humanos* (CIDH) y tres entidades no gubernamentales: *Memoria Activa*, que representa familiares de víctimas de la AMIA enfrentados con la dirigencia de la DAIA; el *Centro de Estudios Legales y*

Sociales, con su presidente Horacio Verbitsky –de notoria influencia en el gobierno nacional en temas de inteligencia y seguridad– y su director ejecutivo Victor Abramovich; y el *Centro por la Justicia y el Derecho Internacional*. El acuerdo implica para la Argentina una gravísima cesión de soberanía, ***sin precedentes en el mundo***, y abre la puerta a la continuidad y profundización de la injerencia externa en nuestra política de seguridad.

Las entidades mencionadas presentaron ante la CIDH contra el Estado Argentino una denuncia de violación de los derechos humanos, por no haber esclarecido el atentado contra la AMIA. La CIDH designó un veedor ante el tribunal argentino que declaró la inocencia de los miembros de la policía bonaerense acusados de ser la *conexión local* del atentado y reveló las maniobras que el juez Galeano, ciertos funcionarios de la SIDE y del gobierno de Menem y Rubén Beraja, el entonces presidente de la DAIA, habían realizado para que los policías en cuestión terminasen como chivos expiatorios del caso.

Luego del juicio, el veedor –Claudio Grossman, decano de la Facultad de Derecho de la *American University*– presentó un informe sobre el caso y la CIDH convocó a las partes. El gobierno argentino se avino a un "proceso de arreglo amistoso", plasmado en un *Acta* suscripta en Washington el 4 de marzo de este año, aprobada *por decreto* del gobierno nacional el 12 de julio.

En ese *Acta* en primer lugar nuestro gobierno "reconoce la responsabilidad del Estado Argentino por la violación de los derechos humanos denunciada por los peticionarios", pues "existió un incumplimiento de la función de prevención por no haber adoptado las medidas idóneas para intentar evitar el atentado" (dado el antecedente del atentado contra la embajada de Israel); y porque "existió encubrimiento de los hechos" y "un deliberado incumplimiento de la función de investigación".

En segundo lugar se acuerda una agenda de trabajo, cuyo cumplimiento será evaluado en octubre próximo. Esta agenda, incluye a) dar la mayor difusión a este reconocimiento de responsabilidad y b) una serie de acciones tendientes a reforzar los organismos encargados hoy de relevar archivos del caso AMIA en poder de la SIDE y las fuerzas de seguridad. Además c) define acciones de política de seguridad a afrontar por el gobierno argentino, que serán supervisadas por la CIDH y por los denunciantes en la futura evaluación de octubre: como transparentar el sistema de utilización de fondos reservados de la SIDE, crear una unidad especializada en catástrofes, facilitar a los jueces acceso a la información de inteligencia en investigaciones al terrorismo, informatizar registros migratorios, etc. En conclusión, áreas *por demás sensibles* de la política de seguridad deberán ser "compartidas" con entidades como el mentado CELS.

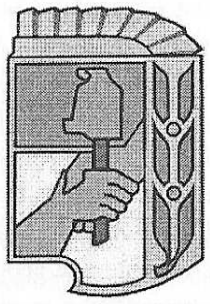
Podrá alegarse tal vez la debilidad política argentina, la necesidad de despejar un frente abierto en el campo de las relaciones externas, o que es preciso hacer concesiones para lograr otros objetivos, o la presión del Congreso Judío Mundial, etc. Pero lo objetivo es la cesión de facultades soberanas. El Estado argentino, como entidad jurídica ante la comunidad internacional, es del pueblo argentino: *res publica res populi*, decía ya Cicerón. Y el pueblo argentino no es el responsable de que el atentado no se esclarezca; en todo caso habría que investigar, procesar y condenar a los *funcionarios* del caso. Pero los términos del *Acta* cedieron un instrumento de presión y coerción permanente contra el Estado y así contra el pueblo argentino como tal.

¿Acaso el Estado británico ha sido acusado en términos semejantes, por no prever el segundo atentado de Londres? ¿Cuántos detenidos y procesados hay por los de las Torres Gemelas y el Pentágono? ¿Está acusado el Estado norteamericano de violación de los derechos humanos, denegatoria de justicia, etc.? ¿A quién responde y cómo se financia (se dice que con aportes de fundaciones yanquis) el tal CELS? Abramovich, en la conferencia de prensa que dio a conocer la firma del decreto, destacó que "es la primera vez que un Estado reconoce su responsabilidad por la falta de prevención, de adopción de medidas efectivas e idóneas para prevenir un atentado terrorista". ¿Pero acaso Israel logra prever atentados?

Claro que el que nos afecta no se va a esclarecer, justamente porque el no esclarecimiento *es necesario para imponer este tipo de acuerdos*. Y porque así seguirá siendo útil a la política yanqui-israelí de presión contra Irán, supuesto autor de los ataques, tesis sólo sustentada en la información provista por la CIA y el Mossad, políticamente interesados en que el culpable sea el indicado. Otra vez se demuestra así que la justicia internacional, la política de derechos humanos –que EE.UU., los organismos internacionales y el Vaticano proclaman por el entero mundo– y la guerra contra el terrorismo que por acción u omisión todos ellos llevan adelante, son poderosas herramientas contra las soberanías nacionales y para el debilitamiento de los Estados.

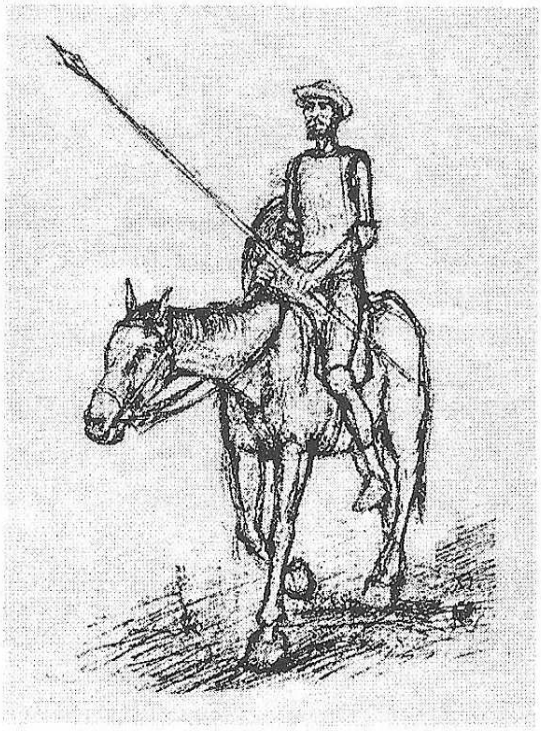
Por eso es ahora más oportuno que nunca recordar la voz de Simón Bolívar, que ya en sus tiempos intuyó dónde estaba el verdadero enemigo, para que ella siga orientando a una Comunidad Sudamericana de Naciones celosa de la *Tercera Posición* fundacional que Perón con tanta claridad sostuvo.

M. D.



El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha

de Don Miguel de Cervantes Saavedra - Cuarto centenario de la publicación de su primera parte



UN SONETO A CERVANTES

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza.

El es la vida y la naturaleza,
regala un yelmo de oros y diamantes
a mis sueños errantes.
Es para mí: suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso y caballero
parla como un arroyo cristalino.
Así le admiro y quiero,

viendo cómo el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino.

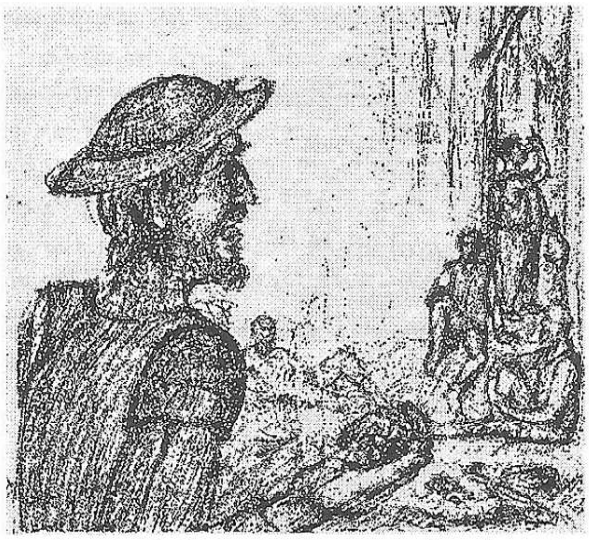
Rubén Darío
(de Cantos de Vida y Esperanza, 1905)

EL AMBITO DEL QUIJOTE

"Don Quijote, en su extraña aventura caballeresca y mística, tiende a transformarse en un nuevo Ulises, en un nuevo Eneas, en un incansable Alcides. Cervantes no podía recurrir a lo maravilloso en el mundo exterior, descubre lo maravilloso interior; la locura de don Quijote es casi un vuelo místico, es una extensión donde caben todos los prodigios. Una nueva Atlántida. El mundo se transfigura. Cuando este asceta de la Mancha "sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana antes del día... por la puerta falsa de un corral salió al campo", va a entrar en la región ignorada y fabulosa. Así el alma de San Juan de la Cruz, en "Una noche obscura" salió "sin ser notada". "¡Oh dichosa ventura!", exclama el santo. Ventura de la evasión en la triple noche. San Juan nos habla con el lenguaje de los símbolos. Su lirismo ofrecerá siempre lejanías inalcanzables. Cervantes carece de la divina experiencia del autor de la *Noche obscura*. Pero va a descubrir y mostrar el camino de su héroe, a alcanzarse, a superarse, a trascender otra interior experiencia. ¡Oh dichosa ventura! Don Quijote salió "con grandísimo contento". Don Quijote es todo alma. Es platónico. El alma es el hombre. También el alma es el hombre en los místicos. Se enciende la beata gloria de Dulcinea, entrevista en el cercano Toboso, como la princesa de un reino remoto, y en una visión sin par de idea platónica. Desde el capítulo segundo, ya no sabremos distinguir lo que es realidad y lo que es símbolo. La obra extraordinaria estaba creada. Sólo para Cervantes nació don Quijote. La novela podrá ser interpretada de mil maneras. Todos los intérpretes se engañarán en parte. Un arte insondable esconde los secretos veneros, y en los instantes amargos, el libro claro y humano nos consuela, nos regocija. Cervantes nos encanta. Volveremos mañana a releer los mismos capítulos, como volvemos a ver las cosas que amamos, sin que nunca nos cansen. Cervantes se esforzó por emparentarse, voluntariamente, con la continuada familia de Homero, de Platón y de Virgilio."

Arturo Marasso

(de *Cervantes. La invención del Quijote*,
Buenos Aires, Biblioteca Nueva, s. f., pág. 14 sig.)



El Quijote, bellotas en mano, arenga a los cabreros
sobre la Edad de Oro (parte 1, capítulo 11)

Los dos dibujos que ilustran este homenaje son del escultor y pintor Leonardo Castellani,
e-mail: lcastellani@gesell.com.ar - página web: www.leonardocastellani.ar.vg

A cien años de su publicación

La Guerra Gaucha de Leopoldo Lugones

1

Entre 1814 y 1816 la frontera argentina norte, y también una parte del entonces *Alto Perú* (hoy Bolivia), en ausencia de ejército regular, sostuvo su independencia casi exclusivamente por el accionar defensivo de guerrillas y *republiquetas*.

Fue esto consecuencia de la decisión de San Martín que, a poco de reemplazar al general Belgrano en la conducción del Ejército del Norte, resolvió postergar esa zona, en beneficio de la preparación desde Cuyo del cruce de los Andes. Pero también Buenos Aires se retrajo, luego de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, para concentrarse en la conflictiva situación de la Banda Oriental y del litoral. El frente del Alto Perú, inicialmente muy favorable a la iniciativa independentista de la Junta de Buenos Aires, se había pues complicado, en gran parte por la imprudencia y soberbia de los jefes porteños enviados allí en 1811.

La entonces Provincia de Salta incluía ciudades de peso como Jujuy, Tarija, Orán y Santa María y acababa de perder otros territorios importantes, la mayoría de ellos en la Provincia de Tucumán. Salta era considerada entonces una de las provincias más prósperas, pero al concluir su defensa acérrima de la independencia quedó convertida en un páramo. Soportó en esos años cuatro invasiones militares realistas, algunas dirigidas por expertos jefes peninsulares. A ellas respondió la población, aunada por jefes militares criollos, mediante la llamada *guerra de recursos* que significó tanto evitar que los españoles se aprovisionaran en la zona, como arrebatarle los recursos que ellos traían. El más célebre, constante y victorioso de estos caudillos fue Martín Miguel de Güemes. Conocedor como pocos del medio en el que se movía, Güemes, militar de carrera bautizado por el fuego en la defensa de Buenos Aires contra las invasiones inglesas, era tan valiente como rebelde y altivo, y su algo desarreglada vida personal lo había enemistado entonces con el general Belgrano, jefe aún del Ejército del Norte.

San Martín en cambio confió en él y en su forma de combatir, conocedor como era de la importancia que las fuerzas irregulares habían tenido en la guerra de España contra los ejércitos napoleónicos. No fueron justamente fuerzas de élite ni pundonorosos guerreros los que hostigaron sin cesar al francés; como tampoco los que formaron las republiquetas y guerrillas en esta parte de América. Las integraban paisanos honestos de las estancias y pobladores de los municipios de indios, pero también bandidos, desertores de los ejércitos de línea y otros hombres tallados en piedra por el duro cincel de las estrecheces y los malos tratos en los márgenes de la sociedad colonial. Su valentía y desprendimiento corrieron parejos con su dureza y barbarie. "Al hombre valiente lo sufría hasta ladrón" se dice por eso acerca de un personaje (episodio *Serenata*, p. 89). [1]

No eran fuerzas anárquicas sin embargo y muchos historiadores resaltan que el plan estratégico y la extremada previsión distanciaron las de Güemes de las guerrillas de otras latitudes. [2]

2

Esta es la heroica gesta que Lugones quiere honrar en *La guerra gaucha*, publicada en 1905, cinco años antes del centenario del pronunciamiento de mayo. A cien ya de su aparición, queremos nosotros recordarla aquí para honrar modestamente a la vez a quienes hicieron esa guerra y a quien la escribió.

Para adentrarse en la prosa de esta obra lugoniana hay que sortear un obstáculo que a muchos –incluso a los admiradores de su poesía– ha desanimado. Nos referimos al elaborado lenguaje cargado y sobrecargado a veces con neologismos y palabras rescatadas del lenguaje campesino, con el evidente propósito de ponerlo en circulación en otros ámbitos. La edición que manejamos, anotada por Leopoldo Lugones hijo, necesita aclarar cerca de 1300 vocablos esparcidos en apenas 22 episodios de 6 ó 7 páginas cada uno. Superada esta valla, ingresamos sin embargo en el maravilloso mundo creado por nuestro insigne artista, un mundo que él nombra para hacerlo nacer a una vida más alta. "*La guerra gaucha como todas las grandes resistencias nacionales* –nos dice– *fue en verdad anónima y el mismo número de caudillos cuya mención se ha conservado –pasan de los cien– demuestra su carácter*". Estos veintidós episodios no mencionan entonces lugares precisos ni personajes

[1] Cito por la edición de Editorial Centurión, Buenos Aires, 1962.

[2] Vicente F. López, por ejemplo. O Jorge Newton, *Güemes. El caudillo de la guerra gaucha,* Buenos Aires, Plus Ultra 1986, interesante biografía.

históricos, salvo el último, *Güemes*, cuyo nombre incluye el de todos. Pero no por anónimo es masivo; por el contrario, cada episodio revela personalidades bien acusadas, inconfundiblemente descriptas en su fisonomía y atuendo así como en sus dotes naturales y defectos o virtudes de carácter.

Estas pequeñas *partidas* de gente de a caballo, obedientes a la tarea encomendada, pero libres de decidir el cómo y el cuándo de ataques o repliegues, parece que exigiera personalidades diferentes y hasta exóticas. Reclutados de las maneras más inverosímiles y apoyados o delatados por gentes de los orígenes y la extracción más diversos, se nos presentan como reflejo de una sociedad variopinta, unida casi exclusivamente por su amor a la libertad y su odio a los "godos".

A escasos cien años de la gesta, Lugones se propone, creo, recuperar para nuestra nación su fundamento heroico: la incomparable dimensión de una guerra por la independencia; sanguinaria, sí; que, como todas, no se lleva a cabo con "unturas ni lástimas", pero que a Güemes lo comprometió porque la libertad "lo embriagó con su vino austero", como nos dice bellamente nuestro autor en el episodio dedicado a la glorificación del caudillo.

3

Esa heroicidad de los albores de la patria rescata a los hombres, hace salir lo mejor de ellos mismos, la decisión por lo que vale la pena y el desinterés por todo lo demás, aquél "tengamos libertad que lo demás no importa nada" de nuestro Libertador. Al leer estos episodios creados por el artista, sentimos esa libertad del viento en la cara que limpia al jinete de cualquier otro anhelo que no sea el de no sujetarse. Hay algo de anárquico en este Lugones de 1905 que se refleja en episodios como *Talión* en el que un joven jefe de partida y su muy joven enamorada viven juntos como los pájaros, sin más consagración que su libre y consentido amor. O en el viejo ladino del episodio *Despedida*, que organiza una carrera cuadrera en el Jujuy ocupado por los "chapetones" y que, al montar a caballo,

> "avivado su instinto de horda al poder de esa vibrante estructura cuyos transportes regía, perforaba con sus ojos la selva propicia de los ardides, sorbiendo a tragos aquellos aires de país libre, que arboledas y cerros le mandaban con los hálitos de la tarde ... Allá el gauchaje concluía la mensura de la patria a punta de chuzo y patas de caballo; ... y el corazón le cabestreaba para allá con un angustioso dolorcito de calambre" (*Despedida*, p.101)

Estos hombres son erigidos por Lugones como ejemplo para la generación del centenario y las siguientes. La gesta constituyente de la patria argentina, cuyo centenario se acercaba, fue una gesta heroica y, hay que subrayarlo, también popular.

Hay allí hombres que no son de cualquier modo. No son masa, ni gente; son un *pueblo* con características que Lugones exalta.

En todos o casi todos los episodios de esta obra, el hecho heroico a destacar sucede en medio de una costumbre criolla tradicional. Desfilan ante nuestros ojos riñas de gallos y velorios de angelitos, viejas brujas curanderas y hábiles tejedoras, cantores y cuentistas.

Uno de los más bellos, *Serenata*, transcurre en una noche en la que dos montoneros, uno de ellos cantor de décima patrióticas, quieren convencer a un viejo para que nuevamente los auxilie, como antes solía. El viejo ya está en cama, después de haber leído como todas las noches de su vida la historia de *Los doce pares de Francia* y de haberse emocionado, también como todas ellas, con el pasaje en el que el agonizante Roldán invoca a Durandal: "–¡Oh! Espada de gran valor, la mejor que fue forjada!–." Y en el que argumenta luego contra los incrédulos: "–¿No estaban hirviendo esos pagos de Oliveros y Roldanes?...si este Roldán parece criollo hasta por su apellido! ... Sería ridículo pero de ningún modo imposible. ¡Mentira los 12 pares! A él con ésas y los patriotas venciendo en cada recodo a los vencedores de Roldán. ¿Mentira los 12 pares?" (*Serenata*, p. 89)

Esta mención de una novela de caballería tan leída por los pobladores de estas regiones de América habla de quiénes eran ellos, pero también enlaza un sencillo y pequeño suceso de aquella humilde guerra con la heroicidad que tiñó siglos de vida europea. Esta y todas las demás costumbres y *baquías* de nuestros hombres no están, como vemos, como simple apunte etnográfico, sino entretejidas con el episodio heroico y su significación.

Los hombres que montonereando hacían la patria eran de esa índole, vivían así: consultaban las curanderas, se abrigaban con lo que tejían, se divertían en riñas o cuatreras, dilapidaban dinero en los naipes, pasaban el tiempo contando las andanzas de Pedro Urdemales, glosaban cuadreras, adoraban a la Virgen de la Merced hasta hacer que sus cabalgaduras se arrodillaran a su paso.

No ve Lugones estas costumbres como un folklorista romántico idealizador, pues incluyen crueldades

varias como el *despenamiento* de moribundos, el baile lascivo frente al cadáver casi putrefacto de un infante, las maldiciones llenas de odio de las viejas, las borracheras brutales y el maltrato a las *soldaderas*, mujeres que los acompañaban. [3]

Y sin embargo, en medio de una reunión de montoneros, aparentemente meros tahures alcoholizados, también puede de pronto erguirse el fulgor heroico, como cuando ven llegar a aquel niño moribundo de *Alerta* que les avisa de la cercanía del enemigo. Basta esta súbita presencia para purificarlos de su brutalidad.

> "Una ráfaga de bravura barrió de sus frentes el estupor infame... Frenesíes de coraje encordaban sus corazones... ¡Arriba, al bosque de los acechos mortíferos...! ¡Arriba, lanzas! ¡Arriba, sables!... Y parecíales que al arrancar, se llevarían por delante el cielo con las cabezas... Levantaron el cadáver... y uno de los montoneros, reverenciándolo, mojó sus dedos en el coágulo de la herida y con ademán sombrío se santiguó *por la señal de la patria*." (*Alerta*, p. 34).

En medio de todos estos aspectos sociales, que remiten al noroeste argentino de principios del siglo XIX, han crecido estos varones y mujeres indómitos, que se sujetaban sólo a su jefe máximo, a quien idolatraban, y a sus vicarios, como el capitán de *Sorpresa*, frente a quien los gauchos "se dejaban matar porque los viera morir", nos dice el artista.

Quiere Lugones seguramente presentarnos, además de los hombres concretos, algo que también es constitutivo: el patrio suelo. Me refiero concretamente al suelo sobre el que se juega esta gesta con sus árboles, sus pastos, los vientos, el calor, el sol que anonada y ciega, las lluvias torrenciales, también las punas ventosas y frígidas, aunque predomine, de acuerdo con el ámbito en el que realmente se desplegaron estas guerrillas, el clima tórrido selvático de las estribaciones orientales de los Andes. Así sólo en el mencionado episodio *Sorpresa* llega a nombrar trece especies de árboles de la flora nativa.

Este vínculo, presente en toda la obra, se hace especialmente explícito en dos de sus episodios más conmovedores. Es el lazo entre la patria y el suelo o aún más, la idea de que la patria es el suelo, el ámbito que nos conoce y conocemos, que nos vio nacer y contemplamos a diario; el que nos acogerá en la muerte y a estos terribles guerrilleros parece acuciarlos a volver a su materno regazo.

En *Al rastro*, episodio de lectura inexcusable para los jóvenes americanos, un joven harapiento y audaz, rastreador y momentáneamente apartado de su partida, descubre por los rastros un *real* o campamento español. Aunque le calcula diez hombres y terminaron siendo más de cien, considera que él solo puede batirlos. Así lo hace: induce primero un incendio que espanta a los animales, hace luego explotar la carreta del polvorín y finalmente provoca la huida de muchos de los realistas. Atacándolos solo, aparece como un rayo mortífero, con su caballo y su sable, para ser en definitiva desmontado y herido de muerte. No lo rematan, pues el coronel español, estupefacto ante su hazaña, lo impide y lo interroga. Con un "¡Viva la patria! responde el rastreador a la acusación de que miente. Conmovido, el coronel deja de tutearlo para preguntarle entonces: "¿Y qué sabe usted de patria?"

> "El herido lo miró en silencio. Tendió el brazo hacia el horizonte, y bajo su dedo quedaron las montañas, los campos, los ríos, el país que la montonera atrincheraba con sus pechos –el mar tal vez–, un trozo de noche... El dedo se levantó enseguida, apuntó a las alturas, permaneció así, recto bajo una estrella... Un abejeo de ideas llenó la cabeza del jefe que entrecerró los ojos. Esa patria con su fatalidad colérica se le imponía. ¿A virtud de qué suscitaba semejantes denuedos? Las vidas de esos hombres exhalábanse ante ella como un fúnebre incienso, y en nada la podían los ídolos seculares: Dios, España, el rey" (*Al rastro*, p. 215)

Un viejo sacristán de la iglesia de Jujuy, que permanece en la ciudad cuando los demás sacerdotes habían emigrado junto con los vecinos, al ser invadida

[3] Estas mujeres, por la misma índole de la guerra de guerrillas, no tuvieron ningún lugar en ella. Sólo están en el recuerdo de sus protagonistas, pues habían sido comunes en los ejércitos patrios –a los que muchos de los gauchos de Güemes habían pertenecido–, antes de la intervención de Belgrano y San Martín.

por los realistas, es el héroe del episodio *Dianas*. El comunica a los rebeldes, mediante las campanas, los movimientos enemigos, cuya invasión había terminado con su tranquilidad.

> "El desasosiego de las gentes, el olor de la guerra, el país desolado, tradujéronse en su espíritu por una inquietud harto análoga al amor... Su mundo se transformaba. Los árboles, las piedras, los arroyos asumían una especie de personalidad que emparentaba con la suya..." (*Dianas,* p. 232)

Instalado en su puesto, el sacristán abarcaba con su vista, en medio del silencio, las casas desiertas, los tapiales de los suburbios, las huertas, los árboles, la lluvia.

> "Y el viejo sentía el pecho hinchársele de ternura, ante esa arboleda y esas cumbres que el peligro le reveló como una familia cuya integridad pendía tal vez del badajo de su campana, ... por sus hermanos de cobre, por su familia de piedra y árboles, por su amenazada parentela de ríos. La libertad, amoldándose en su horma de heroísmo lo endurecía" (id., p. 233)

El patrio suelo es sagrado. Esa precisa parte de la naturaleza es la única y verdadera familia. Y correría peligro también si la guerra se perdiera. Es tan sagrado como la sangre de los combatientes mártires con la cual los hombres se santiguan "por la señal de la patria", como vimos.

4

En los episodios figuran hombres de clase alta, de cuyo apellido se han quitado el "de" por amor a la más igualitaria sociedad en ciernes; también capitanes de educación esmerada, conocedores de Napoleón, y sobre todo Güemes perteneciente a una familia salteña de pro, aunque sean muchos menos sus antepasados linajudos que los descendientes de él que de eso presumen. Pero a quien Lugones quiere exaltar es al pueblo que tomó generosamente las banderas y las llevó al triunfo. Pareciera que nuestro autor no se resignaba en 1905 a que esos pobres y sus descendientes, que no recibieron recompensa alguna, quedaran totalmente olvidados. Toda la obra resalta esta participación popular, pero Lugones pone en la boca y el pensamiento de Güemes, en el último episodio, el reconocimiento de este protagonismo y la conciente elección del caudillo por estos pobres para la lucha tremenda:

> "Y las alcurnias ilustres protestaban contra la voluntad de esa plebe cuyo espíritu, regenerándose en el infortunio, honraba a la misma tierra que redimía." (*Güemes,* p.267)

Porque Güemes compara mentalmente a sus gauchos con la élite salteña, los *decentes* que, o se decidían por el dominio español simplemente para mantener sus privilegios, o si lo hacían por el bando patriota, casi siempre con mezquindad, entonces "soñaban constituciones sin haber fundado aún el país" (id., p. 268). Primero está pues la fundación heroica de la nación, luego pensar en la organización del Estado: "¿Las togas y las cogullas habían de sustituir la espada?" (id., p. 269)

Ese pueblo que presenta Lugones, brevemente caracterizado ya, incluye a los indígenas. La participación de ellos en la contienda, en favor de la independencia, contrasta con el papel, más bien remiso a estos ideales, de los indígenas peruanos. Y sobre todo desmiente la tesis de cierta historiografía americana y tradicionalista actual que considera a la revolución de mayo una empresa de la burguesía blanca en exclusividad.

Las *republiquetas*, que en el alto Perú jugaron el mismo papel que en nuestro país las guerrillas, eran pequeños municipios de indios que Lugones engloba con el nombre de *coyas*. Se trataba de campesinos agricultores, seguramente mestizos y medianamente posicionados en la sociedad colonial: la obra los presenta vestidos con esmero y hasta cierto lujo. Pero del lado de las tierras bajas del este se acoplan a la lucha los nómades y belicosos *chaquenses*, vestidos con coleto de gato onza, pintados de ocre y armados con cuchillos forjados en mandíbula de pez. Ellos arriman a esta epopeya sus tácticas guerreras, por desconocidas más eficaces y mortales. Y se perciben además costumbres indígenas aquí y allá aunque no sean indios los que las ejecuten. Como Lugones se documentaba con precisión, no podemos dudar de la participación de estos indios en la lucha, pero el escritor se inclina, además, a "hacerlos de la partida", a incorporarlos desde el momento fundacional a la patria naciente.

Pero esta presencia indígena de principios del XIX y su evocación a principios del XX mueve nuestra meditación de hoy. Pues olvidados y silenciados durante mucho tiempo los indígenas reaparecen hoy en la arena pública de todos los países de nuestra América, de Bolivia en especial, convocados lamentablemente no para la *Segunda Guerra de la Independencia*

que nos compromete, sino como agentes de desintegración nacional y por lo tanto de la globalización.

5

Un hálito trágico recorre *La guerra gaucha*. Describe un clima casi siempre opresivo: calor, lluvias torrenciales, una atmósfera que cae sobre los protagonistas y semeja lo que a nivel humano sucede. Sólo podríamos exceptuar dos o tres episodios alegres y hasta chacotones: *Serenata*, con su viejo que lee Los doce pares; *Dianas*, cuyas primeras páginas tienen un ritmo como para ser cantadas y se refieren a las campanas de la Iglesia y las aves en el cielo diáfano de Jujuy. El de esta obra no es el Lugones conciliado con la vida, de una heroicidad más amable, podríamos decir, como la presente en sus *Romances del Río Seco*. Allí en el denominado *La Entrega* por ejemplo, una mirada de conmiseración se posa sobre los realistas perseguidos por no plegarse al grito de Mayo y es deplorada la traición del entregador de uno de ellos. *La guerra gaucha* presenta en cambio a todos los "godos" o a sus simpatizantes hoscamente.

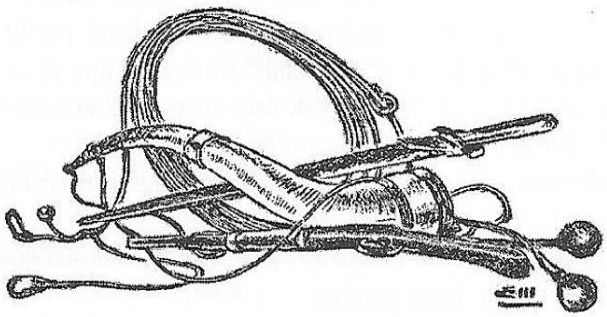
Tampoco, como vimos, las clases altas del momento gozan de las preferencias del autor. La descripción de Güemes y de su relación con el pueblo es así uno de los tantos indicios en su vida y su obra que nos hace pensar que Lugones hubiera sido apasionado peronista si su trágica muerte, pocos años antes de surgir el movimiento y su jefe, no hubiera evitado el encuentro.

Una joven patriota que concebirá hijos, en relación espiritual con los gauchos, por mediación del capitán limeño, realista, volcado con alma y vida a ella y a la causa de la libertad, parece encarnar la Argentina y anticipar la acción sin dobleces y la entrega de Perón y Eva a los descamisados de la patria.

> "Desmontaron junto con la partida, y el jefe cruzó su espada sobre el pecho de la patrona. Uno a uno, los montoneros depositaban sobre la hoja el solemne beso que en una brumita pasajera se desvanecía. Y a través del acero, la bandera viviente (la joven patriota vestida de azul y blanco) sentía en sus entrañas el magnetismo de esos espíritus, como una concepción. La misma castidad de aquellos ósculos que implicaban un compromiso de muerte, añadía a la ceremonia algo de terrible. Ya herida por el amor, tantas emociones la vencían. A cada beso un alma oscura entraba como soplo de huracán en su ser desfalleciente. De sus ojos, sin una palpitación, sin un suspiro, se deshilaba el llanto. Por instantes revertíale de adentro un borbollón de orgullo. La proximidad del amante circundábala de fortaleza. Pero otras almas venían a juramentarse en ella, otras, otras, y el endeble ser rebosaba de nuevo en llanto.
>
> El silencio que la escena producía solemnizábase, ganando con su emoción al oficial. Por la cinta de acero corrían de corazón a corazón efluvios en que la esencia de dos vidas se sublimaba. Y los besos seguían cayendo en el seno de la amante como gotas de perfume amargo. Vida tras vida, todas se le consagraban en ellos. En nombre de la patria, cuya grandeza resumía, aceptaba esa oblación de existencias. Los labios vibraban de unción y respiraban entusiasmo.
>
> Santificábanla esas bravuras que de ofrenda le imponían en el pecho sus devotos. El cielo con sus nubes, la tierra con sus montes, componían el altar de su triunfo. El alma de tal tierra, la luz de semejante cielo, la abnegación de aquellos combatientes, substanciarían el ser que procreado en calipedia heroica, iba a encarnar en el suyo su prez como garante de prosapias ilustres.
>
> Frisaban la seda del corpiño los foscos bigotes. Los corazones desbordaban como vasos rebosantes en inseguras manos, y el ¡viva la patria! en que se vertieron, participó del rugido y del sollozo, cuando el jefe, con brusco ademán, blandió la hoja empañada de alientos". (*Juramento,* p.75)

Mercedes Tojo

Buenos Aires, agosto de 2005



Dibujo del pintor Eleodoro E. Marenco
para la edición citada en p. 7

El siguiente pasaje, por lo general bastante ignorado –10.1 a 11.18 de Los hechos de los apóstoles *de San Lucas–, narra el conmovedor momento en que San Pedro, y con él los apóstoles y la Iglesia universal, advirtieron que debían dejar para siempre de lado la noción de* pueblo elegido, *ya entonces convertida entre los judíos, desde hacía tiempo, en una verdadera manía racista que más de tres años de predicación y ejemplo de Nuestro Señor no habían podido erradicar ni siquiera de entre los apóstoles mismos. Esa noción reductiva, que lleva a la adoración de la carne circuncisa, subyacente quizás en buena parte de la frenética búsqueda actual de los secretos del genoma humano, ella se correspondía bien por cierto con el monoteísmo infecundo del Antiguo Testamento y con su Dios Yahveh, pero nada tenía ni tiene que hacer con el Dios paterno, y por lo tanto fecundo, con el Dios Trino pues, que la semántica del Testamento Nuevo supone, promueve y adora. Pues conviene detenerse en la obstinación –¡luego del descenso del Pneuma en Pentecostés!– de que hace gala aquí el bueno de Pedro, cuando todavía duda si no seguir teniendo por impuros y contaminantes tanto a ciertos alimentos, como a todas las demás razas humanas que no descienden por la carne de Abraham. Y cómo la nueva libertad del Evangelio lo libera definitivamente de esas devoradoras restricciones.*

Pero recordemos entonces, junto con el apóstol, también a aquel Cornelios, piadoso centurión de la cohorte Itálica, a su familia y muchos de sus soldados, cuyo modo de enfrentar la existencia los hizo merecedores de ser elegidos por el Pneuma, *para que la Iglesia universal aprendiera esta imperecedera lección que Ratzinger y los suyos pretenden por cierto hacernos olvidar.*

EL PENTECOSTES DE LOS GENTILES

1. Un hombre en Cesárea de nombre Cornelios, centurión de la cohorte llamada Itálica, piadoso y temeroso de Dios con toda su familia, que daba muchas limosnas al pueblo y constantemente rogaba a Dios, vio claramente en una aparición, hacia la hora nona del día, el ángel de Dios que vino hacia él y le dijo: –Cornelios.

El lo miró atentamente y entrando en temor dijo: –¿Qué pasa, señor?

Le respondió: –Tus oraciones y tus limosnas se elevaron hasta hacerse señal de recuerdo delante de Dios. Envía pues ahora hombres a Jope a que traigan consigo a un cierto Simón, a quien llaman Pedro. Se hospeda en lo de un tal Simón, curtidor, que tiene casa junto al mar.

2. Al día siguiente, mientras ellos andaban camino y se acercaban a esa ciudad, subió Pedro a la terraza, hacia la hora sexta, para orar. Sintió mucha hambre y quiso comer. Y mientras le preparaban qué, le sobrevino éxtasis. Y vio el cielo abierto y una suerte de recipiente, como un gran lienzo pendiente por las cuatro puntas sobre la tierra. Allí dentro había todo tipo de cuadrúpedos, de reptiles de la tierra y de aves del cielo. Y una voz vino a él: –Levántate, Pedro, sacrifica y come.

Pedro dijo: –De ningún modo, Señor, porque jamás comí nada profano ni impuro.

Y de nuevo la voz se dirigió a él por segunda vez: –Lo que Dios purificó tú no lo hagas profano.

Y esto sucedió por tercera vez, e inmediatamente ese recipiente fue retirado hacia el cielo.

3. Mientras estaba Pedro perplejo dentro de sí mismo pensando qué sería la aparición que vio, he aquí que los hombres enviados por Cornelios, después de preguntar por la casa de Simón, se presentaron ante la puerta; y haciéndose oír averiguaron si Simón, llamado Pedro, se hospedaba allí.

Mientras Pedro seguía cavilando sobre la aparición, le dijo el *pneuma*: –He aquí que tres hombres te buscan. Baja y ve con ellos sin discriminar nada, porque soy yo quien los he enviado.

Cuando Pedro bajó donde ellos les dijo: –He aquí que yo soy el que buscan. ¿Por qué motivo están aquí?

Y ellos dijeron: –El centurión Cornelios, hombre justo y temeroso de Dios, de quien da testimonio toda la etnía de los judíos, recibió de ángel santo el vaticinio de enviar por ti a que nos acompañes a su casa para oír tus palabras.

E invitándolos a entrar les dio hospedaje.

4. Al día siguiente levantándose se fue con ellos y algunos de los hermanos de Jope lo acompañaron. Un día después llegaron a Cesárea.

Cornelios estaba esperándolos, habiendo convocado a sus parientes y a los amigos más cercanos. No bien Pedro estaba por entrar, saliendo a su encuentro se arrojó a sus pies en *proskynesis*.

Pedro lo levantó diciéndole: –Levántate, yo también soy hombre como tú.

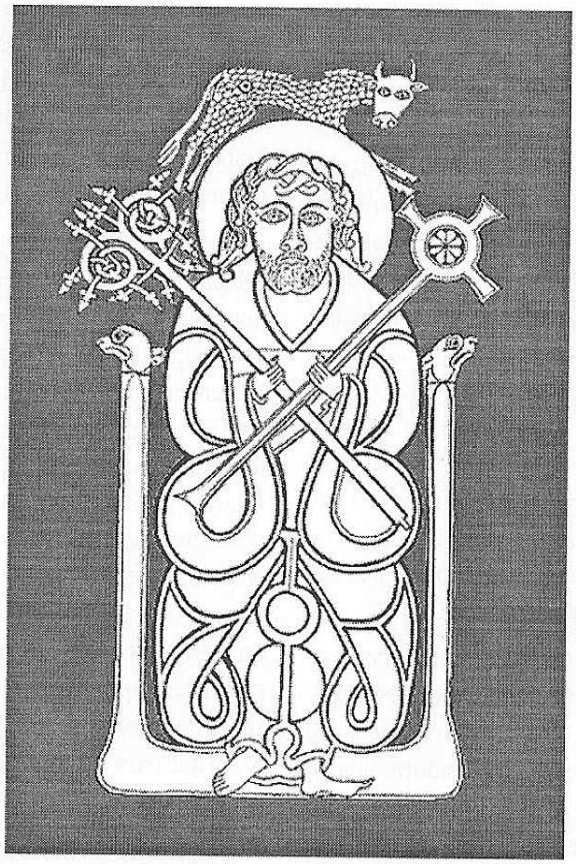
Y conversando con él entró y encontró que eran muchos los reunidos. Y les dijo: –Ustedes saben bien que a un hombre judío le está religiosamente prohibido juntarse con alguien de otra raza o entrar a su casa. Pero a mí Dios me indicó que no hay que llamar profano o impuro a ningún ser humano. Por eso vine con ellos sin protestar. Les pregunto pues con qué motivo me llamaron para que viniera.

Y Cornelios dijo: –Hace cuatro días, en medio de esta misma hora novena, estaba yo orando en mi casa. Y he aquí que un hombre se detuvo frente a mí con vestido resplandeciente. Y dijo: "Cornelios, tu plegaria ha sido oída y tus limosnas son recordadas ante Dios. Envía pues a Jope y haz llamar a Simón, que llaman Pedro. Se aloja en casa de Simón, curtidor, junto al mar". De inmediato envié por ti, y tú hiciste bien en acercarte. Ahora pues, todos nosotros ante Dios estamos aquí para oír todo lo que te fue ordenado por el Señor.

5. Y abriendo Pedro la boca dijo:

"En verdad caigo en que Dios no favorece personas, sino que, en toda etnía, el que lo teme y practica la justicia le es grato.

"Envió el *logos* a los hijos de Israel, bien-anunciándoles paz por medio de Jesucristo: El es el Señor de todos. Ustedes conocen la palabra que recorrió toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que proclamó Juan; cómo a Jesús de Nazaret lo ungió Dios con el *pneuma* santo y con poder. Y El atravesó esa región haciendo el bien y yendo hacia todos los sometidos por el diablo, porque Dios estaba con El. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en el territorio de los judíos y en Jerusalén. Y a El lo elevaron suspendiéndolo de un madero. Dios lo despertó al tercer día y le concedió que se manifestara, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano preparados por Dios, a nosotros, que compartimos comida y bebida con El después que resucitó de entre los muertos. Y nos encomendó predicar al pueblo, y transmitir el testimonio de que El está determinado por Dios como juez de vivos y muertos. En su favor testimonian todos los profetas que a través de su nombre recibe remisión de los pecados todo el que cree en El".



San Lucas

6. Cuando aún estaba Pedro proclamando estas palabras cayó el *pneuma* santo sobre todos los que oían el discurso. Y quedaron atónitos los fieles de la circuncisión que acompañaran a Pedro de que el don del *pneuma* santo se hubiera derramado también sobre los gentiles. Pues los oían hablar en lenguas diferentes y magnificar a Dios.

Entonces dijo Pedro: –¿Acaso puede alguien negar el agua para que no sean bautizados éstos, que recibieron el *pneuma* santo, como nosotros?

Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo.

Le pidieron entonces que se quedara algunos días.

Y oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban por la Judea que también los gentiles habían recibido el *logos* de Dios.

7. Cuando subió Pedro a Jerusalén los de la circuncisión lo discriminaban diciendo: –¡Entraste en casa de hombres con prepucio y comiste con ellos!

Pedro comenzó enseguida a explicarles diciendo:

"Estaba yo en la ciudad de Jope en oración y vi en éxtasis una aparición, un recipiente que bajaba, como una gran tela que por las cuatro puntas pendía del cielo. Y vino hasta mí. Mirando fijamente observaba su interior y vi los cuadrúpedos de la tierra, las fieras, los reptiles y las aves del cielo. Oí además una voz que me decía: –Levántate, Pedro, sacrifica y come.

"Y dije: –Jamás, Señor, que nunca introduje nada profano ni impuro en mi boca.

"Respondió del cielo la voz por segunda vez: –Lo que Dios purificó tú no lo hagas profano.

"Sucedió eso por tercera vez y todo fue retirado otra vez hacia el cielo.

"Y he aquí que de inmediato tres hombres se presentaron ante la casa en que yo estaba, enviados por mí desde Cesárea. Me dijo el *pneuma* que los acompañara sin hacer discriminación. Conmigo fueron también estos seis hermanos y entramos en la casa de ese hombre. Y nos anunció cómo había visto que en su casa se detuvo un ángel y dijo: –Envía a Jope y haz traer a Simón llamado Pedro, quien te proclamará palabras en las que tú quedarás salvo con toda tu casa.

"Cuando estaba al comienzo de mi proclamación sobrevino el *pneuma* santo sobre ellos, como sobre nosotros al principio. Y me acordé de la palabra del Señor cuando decía: –Juan bautizó con agua, ustedes serán bautizados en *pneuma* santo.

"Si pues el mismo don que a nosotros les otorgó Dios también a ellos, ¿cómo iba yo a poder prohibir a Dios?"

Al oír esto ellos se calmaron y glorificaron a Dios diciendo: –Conque también a los gentiles les otorgó Dios la conversión a la vida.

La revista CIUDAD DE LOS CESARES (Casilla 16480, Correo 9, Santiago, Chile), *realizó una serie de minientrevistas sobre el tema tratado a continuación y tuvo la amabilidad de incluir a nuestro director entre los entrevistados. Le formuló dos preguntas. CC ha decidido por el momento la publicación sólo de la respuesta a la primera. Nos pareció que sería del interés de nuestros lectores conocerlas en su totalidad, como aquí las reproducimos.*

LOS ATENTADOS DE LONDRES Y EL ISLAM DESDE UNA PERSPECTIVA AMERICANA

CC: *¿Qué opina sobre los hechos de Londres? ¿Se trata de un acto auténtico de «resistencia islámica» o es un montaje de servicios de seguridad occidentales, como sostienen muchas personas?*

Arnaldo C. Rossi: Para entender los atentados de Londres, los de EE.UU. o los de España hay que tener a la vista dos características esenciales del gobierno mundial, hoy públicamente oculto, pero que, cualquiera sea el grado de manifestación en que se encuentre, está de todos modos siempre en operaciones.

1. El poder mundialista es esotérico. Sus estímulos o pulsiones pasan a través de logias, iglesias, institutos, células de los tipos más variados, distribuidos en complejas y entrecruzadas escalas que a menudo se contraponen, de las que la singular obra de Yann Moncomble traza un panorama tan penetrante e ilustrativo. Comúnmente los integrantes de cada peldaño ignoran quién o quiénes de entre los suyos integran también peldaños superiores y cuáles de éstos. Los motivos verdaderos de las operaciones quedan así velados hasta para sus protagonistas; entre ellos para los terroristas mismos por supuesto. Por eso también a quienes inteligimos desde fuera, bajo nubes de desinformación que camuflan todo lo del enemigo, no nos resulta fácil conquistar al respecto mayores certezas. Y de allí que por lo pronto no parezca prudente decidirse sin más por ninguna de las opciones que el enemigo y la pregunta plantean. Ni el "montaje" más o menos lineal, ni el postulado de una resistencia impoluta atenderían suficientemente a la complejidad de las escalas aludidas ni al método pulsional que las mueve.

2. El poder sinárquico esotérico gobierna a través de contradicciones. Para entenderlo hay que poner a un lado ciertas simplificaciones "tradicionalistas" a menudo operantes en nuestro contorno. No es que uno o varios señores ordenen linealmente a sus diversos operadores una lucha artificial de la que sacarán rédito. No. El gobierno mundial opera a través de contradicciones reales, profundas, enconadas, aterradoras incluso, de las que no cabe excluir a ningún espacio de la historia y la geografía, ni al "choque de las civilizaciones" por ende. Dicho con otras palabras, el poder mundialista se afinca sobre conflictos verdaderos y se dinamiza con la sangre que éstos provocan. Eso es lo que Shakespeare enseña en su *Macbeth*, la sangre como alimento de un poder, el moderno, que íntimamente la necesita para apoderarse de una zona entonces, del entero mundo ahora. Eso lo que Dostoievsky descubre como trasfondo de las células revulsivas de su *Demonios*: periódicamente sangrecita fresca, que hasta cierto punto se devoren unos a otros, para que el poder opresivo subsista y se extienda. Eso en fin lo que Orwell indica en su *1984*: horas del odio, guerras y sangre constantes, como receptáculo necesario para las operaciones tiránicas de la cúpula. Pero claro que también así se explica el funcionamiento concreto de la dialéctica, según aflora en Marx y en otros, también en algunos tradicionalistas por cierto. En suma, que el terrorismo es para el gobierno mundial un ingrediente tan imprescindible como la sangre inocente que éste, con mayor o menor espectacularidad, está llamado a derramar cada tanto.

No se trata de órdenes lineales entonces, como la solución del "montaje" cree, sino de exacerbar y dirigir dialécticamente conflictos auténticos. Por eso no interesaría saber si el propagandeado Ben Laden es un agente conciente del mundialismo dentro de cuyas escalas él mismo se insertó y quizás siga insertado. Ya que sin necesidad de internarnos por vericuetos siempre discutibles, podemos columbrar con claridad suficiente que los atentados en cuestión, sean quienes sean sus autores y el grado de conciencia de ellos, son en definitiva funcionales al crecimiento del poder del Gran Hermano.

Pues gracias a ellos circula el temor por masas humanas previamente reblandecidas para que crean que en los placeres –y en la seguridad necesaria para alcanzarlos– está lo que da sentido a la vida. Y ellas se entregan así, de modo cada vez más decidido, a los incontables recursos de control opresivo con que se les promete la seguridad anhelada. En medio del sedentarismo burgués, sangre y terror constituyen el estímulo nómade que encamina la grey hacia un nuevo aprisco, de donde una nueva pulsión volverá a sacarlos. ¿Significa esto que es imposible el desmadramiento de ningún conflicto? Claro que no. En el proceso dialéctico los desmadres son inevitables. Pero eso no quiere decir que se detenga la dialéctica, sino que ella los toma como punto de partida para un movimiento nuevo. Aunque en los desmadres están también las oportunidades a aprovechar por quienes quieren el afianzamiento de poderes justos, como las naciones y entre ellas las de América románica. Salvo que para eso es imprescindible una *tercera posición* ajena a las alternativas que la dialéctica enemiga propone.

Hasta aquí, mal o bien, nos hemos ocupado de los objetivos generalísimos de los acontecimientos que nos ocupan. Pero también interesan por debajo los más específicos. Pues las ondas expansivas semánticas y políticas de una operación como la de Atocha incidieron y siguen incidiendo específicamente en la vida concreta de España, de Europa, de la América de habla castellana sin duda. Y los operativos londinenses apuntan, claro, a conmover la estrategia belicista de los Bush, los Blair y los Sharon. ¿Para qué? ¿Para exasperar su estrategia y permitir a los halcones una última etapa operativa, antes del retorno de las palomas reblandecedoras? ¿Para afianzar pues a Blair, por ahora, en su política meso-oriental? ¿O por el contrario, para sacudir el muy probable crecimiento, después del no francés, de la ingerencia británica sobre Europa? No es fácil la repuesta. Pero esto es lo que los americanos

debemos pensar, por evasivo que sea, en lugar de agitar banderas de alguna red llamativamente promocionada.

Pues alrededor de un cuarto de hora después de la primera aparición televisiva de aquel avión que contra la torre neoyorquina se estrellaba, la propaganda manejada por el mundialismo global-invasor comenzó con la promoción de Al-Qaeda y su presunto jefe. Si hay un montaje seguro es allí donde está: en la dirección de la propaganda global. Pues con ella se pretende sin duda que los islámicos canalicen una parte importante de su rebelión a través de la red promocionada. Lo que no quiere decir que ella o sus jefes reciban de los globalizadores, ni de Bush & Co., órdenes directas, sino que, sea eso como sea, de todos modos han sido elegidos por la global-invasión como polo aglutinador de las pulsiones dialécticas. He aquí todo lo que necesitamos saber para no embanderarnos.

CC: *Como sea, ¿considera la resistencia islámica como una aliada de nuestra América en lucha contra la Global-Invasión?*

ACR: La segunda cuestión obligaría a un largo desarrollo. Nos contentaremos con una indicación sistemática y sumaria.

Europa es hoy, junto con América, el principal territorio de expansión del judeo-cristianismo. Es decir, del cristianismo despojado de sus raíces y convertido en promotor del reinado irrestricto de Yahveh. Así lo entiende un Joseph Ratzinger por ejemplo, cuando afirma: "A través del encuentro con Jesús de Nazaret el Dios de Israel se convirtió en el Dios de los gentiles". Pero pese a Ratzinger y a todos los suyos, en las raíces mismas de Europa y de América ni el judeo-cristianismo ni el Dios que éste predica y adora tuvieron participación alguna. Olvidadas, pisoteadas y manipuladas, esas raíces siguen estando sin embargo. Y mientras subsistan serán siempre posibles nuevas generaciones donde vuelvan a crecer y dar fruto. Por eso el judeo-cristianismo y las pulsiones global-invasoras que lo manejan necesitan arrancarlas definitivamente. Y para eso requieren del terror, la sangre y la guerra. Aunque salvo en algunos bolsones, como la península balcánica, en la población de Europa misma es difícil reclutar los soldados necesarios para eso.

¿Y qué es entonces lo que subsiste de aquellas raíces sepultadas? Europa y en consecuencia América son inexplicables sin la concurrencia (a) de la semántica del Dios Unitrino y la divino-humanidad congruente, propuesta con sus matices tanto en la Iglesia oriental como en la occidental; (b) de la inteligencia helénica, signada por su veneración de todas las formas; (c) de la energía romana, que proyectó todo eso en la obra concreta del Imperio o de las naciones, sus herederas. Pero cuando decimos inexplicables sin esto, no queremos decir que sólo por esto. En cada período, territorio, escuela, decisión, forma estética, política, científica, institucional, hay que discriminar lo congruente con los orígenes y lo que, al contradecirlos, prepara de algún modo el avance del judeo-cristianismo invasor.

Desde Yahveh o desde Alá, la semántica de la unitrinidad y la obra histórica que de ella deriva resultan intolerables. Y mucho más la divino-humanidad consecuente. Pues contemplada desde un monoteísmo estricto, como el hebraico o el islámico, la divino-humanidad se presenta como un exceso del hombre que, divinizándose, pretende salvar el abismo que lo separa de la divinidad sin perder por eso su categoría humana. Y en esto, que para esos monoteístas es una desmesura, han incurrido también a su modo la Grecia y la Roma clásicas por cierto, circunstancia no siempre suficientemente clara entre quienes presumen de paganos.

De aquí que, en la erradicación definitiva de la semántica que hizo a Europa y en su medida a América, las pulsiones global-invasoras reserven para el Islam un importante papel. Sucesivas oleadas de embates de ese origen se lanzaron durante muchos siglos sobre Europa; ocho duró su ocupación de la península ibérica, hasta que el Islam fue expulsado en virtud de un impulso conquistador espiritual y bélico sin cuya proyección es imposible entender el descubrimiento de América y las fundaciones luego arraigadas en ella.

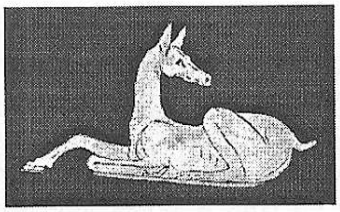
Y bien, la perspectiva de aquellos embates ha vuelto a abrirse, en manos de los pulsadores de la global-invasión y de su ecumenismo judeocristiano, empeñados en borrar hasta el último residuo psíquico o histórico que a la Unitrinidad recuerde. Una nueva oleada invasora de los pueblos nómades más cercanos a Occidente resulta así inestimable para alcanzar, contradicción real mediante, el objetivo devastador. Después queda el recurso a otros nómades, los del extremo Oriente, también ya invasores de Europa en su momento, según advierte Soloviev que, como buen ruso, sabía de estos temas por una dolorosa experiencia histórica.

Difícil pues que el Islam pudiera colaborar con Europa en la lucha contra el judeo-cristianismo que la lleva a su desaparición. Y más difícil aún que esa semántica sirva de respaldo a una América en cuyas fundaciones Alá y sus huestes nada tuvieron que ver. Cualquier rebelión auténtica debería significar sin embargo algún tipo de ayuda para nuestra independencia del nuevo poder global-invasor. Pero los auténticos, los Khomeini por ejemplo, no son muchos ni siempre suficientemente alertados en ningún pueblo. Y las poderosas pulsiones de los señores del mundo saben muy bien cómo instrumentar dialécticamente a los pueblos, y en particular a los insertos en una semántica que favorece su demanda de invasión, terror y sangre. Parece prudente entonces para los americanos concentrarnos en torno de aquel hexámetro virgiliano que don Carlos Disandro jamás se cansó de repetir:

"Una sola salvación para los vencidos, no esperar ninguna salvación".

Eso afianzaría nuestra disposición espiritual para la nueva *Guerra de la Independencia* que afrontamos. La victoria queda más cerca cuanto menos ayuda esperamos.

31 de julio de 2005



El siguiente trabajo, publicado en una primera versión por Ciudad de los Césares Nº 67, fue leído en Buenos Aires el 22 de noviembre de 2003, luego en Morón el 9 de setiembre de 2004, en la sede del sindicato F.O.E.T.R.A, y algo modificado, nuevamente el 23 de agosto de 2005 en el transcurso de una Semana Guenoniana, en la Biblioteca del Congreso de la Nación. Los organizadores de esa semana le hicieron después una difusión internética no autorizada, precedida de severa y desenfadada censura. La publicamos aquí por eso, en su versión definitiva, libre de comentarios previos, esperando críticas y respuestas fundadas que permitan profundizar estos temas acuciantes, en lugar de apostillas intrascendentes para atemorizar desprevenidos.

TRASCENDENCIA E INMANENCIA:
DIOS Y CESAR EN LA GUERRA SEMANTICA

1

En reunión de hace dos años en Buenos Aires, entre la revista chilena *Ciudad de los Césares* y *El Pampero Americano* fue presentada una publicación conjunta que recoge disertaciones de dos presidentes americanos, en 1953, sobre lo que las naciones románicas de América deben hacer para aunar esfuerzos sin desmedro de sus soberanías. [1]

Los disertantes ahondaron entonces en el conflicto que hoy, cincuenta años después de aquellas alocuciones formidables, sigue afectando cada vez más todos los rincones del mundo. Por un lado están las naciones soberanas y quienes bregan, como aquellos presidentes, por afianzarlas a través de acuerdos justos entre ellas. Por otro, las poderosas fuerzas empeñadas en eliminar las naciones para siempre, en nombre de la *globalización*, para dar lugar a un gobierno mundial único que se arroga poderes salvíficos. Pero que para arrogárselos necesita disolver también todo lo que de auténtico subsista dentro de cualquier tradición religiosa o cultural, y forjar con sus restos una amalgama religioso-política al servicio de los señores del mundo.

Una vez terminadas las exposiciones, uno de los concurrentes preguntó a los disertantes si en definitiva el conflicto planteado no debía resolverse como uno de la *trascendencia* y sus propugnadores contra la *inmanencia* y los suyos. Sigue aquí un intento de clarificar esta cuestión.

2

Perfilemos por lo pronto el vocabulario. Como cualquier palabra orientadora, también *trascendencia* e *inmanencia* están sometidas a la *guerra semántica*, donde está la matriz de toda guerra sinárquica.

Estas palabras, propuestas como una explicación más honda y definitiva al conflicto entre naciones y Estados soberanos, por un lado, y poder globalizador, por otro, pecan por lo pronto de demasiado generales. Pues existe entre los nuestros, quiero decir entre quienes en realidad o en apariencia defienden tradiciones y entidades políticas insospechables, una peligrosa tendencia a las explicaciones absolutas, que nos privan del análisis empírico ordenador. A poco andar todo debe resolverse, por ejemplo, en el conflicto entre Dios y Satán, la Tradición y lo Moderno, la Iglesia y la Contraiglesia, explicaciones que por cierto no negamos y que sin duda engloban a cualquier otra, pero que suelen esconder pereza para imponerse de pormenores concretos y moverse con más pericia entre ellos. Más todavía, esas explicaciones generalísimas despiertan a menudo una sobrecarga emotiva, que hábiles manipuladores de conciencias se encargan de aprovechar. Y así bajo las consignas de "¡Libertad!" o "¡Por Dios y la Patria!", según el caso, cuántos desquicios personales y políticos se forjaron, y cuántas defraudaciones a los sentimientos, a menudo nobles, de los movilizados por ellas. Salvo que *trascendencia* e *inmanencia* no parecen capaces de suscitar una emotividad de este estilo. Pero sí de acompañarla. O de convocar esa pereza que impide imbuirnos de cada situación concreta para construir un camino empíricamente transitable por ellas.

3

Dentro de nuestra instalación histórica, una sentencia capital –inaceptable para ninguna tradición teocrática, como el islamismo o el judaísmo– rige las relaciones tan a menudo tensas entre poder político y poder religioso. El evangelio la pone en boca de Nuestro Señor, entre los acontecimientos que pronto lo llevarían a la muerte. Con lo que parece sugerir, paradigmáticamente, que en cualquier lapso de la historia esta sentencia será asimismo combatida y sus sostenedores transitarán riesgos mortales, suscitados por fuerzas poderosas. Con llamativa solemnidad esa sentencia, capital y siempre acosada, dice pues así: "*Retribuid lo de César a César y lo de Dios a Dios*" (Mt 22.21; Mc 12.17; Lc 20.25). Aunque lo que aquí traducimos por comodidad como retribuid, con el término

[1] Juan D. Perón y Carlos Ibáñez del Campo, *La segunda guerra de la independencia*, Ciudad de los Césares y El Pampero Americano, Bs. Aires, 2003.

griego unánimemente usado por los tres sinópticos se dice *apodote*, forma verbal que evoca la semántica del don. Hay que corresponder pues, se afirma en realidad allí, con uno nuestro al don fundante que de César por su lado y de Dios por el suyo hemos recibido previamente.

Si dentro de esta alternativa evangélica vertimos ahora la que nuestro interlocutor propuso, sin duda pondremos trascendencia del lado de Dios y del lado de César a inmanencia. Claro resulta sin embargo que la sentencia del Señor no distingue estos dones para oponerlos, sino para armonizarlos, por difícil que sea esta armonización en cualquier circunstancia histórica.

Pero observemos los textos con mayor atención. Los enemigos opuestos a la realización de tal armonía son allí de dos tipos, no de uno solo (Mt 22.15-16; Mc 12.13; Lc 20.19-20): 1) los *fariseos*, partidarios de un poder teocrático carnalizado, íntimamente movido por la utopía de un poder religioso-político futuro que los convierta, a ellos y a su pueblo, en amos del mundo; 2) los *herodianos*, clausos por el contrario en un servicio oportunista al poder político del presente. Más aún, los que pergeñan la asechanza homicida son los postuladores de la utópica y amañada trascendencia aludida, no los herodianos, a quienes se recurre, según San Mateo, sólo como a colaboradores eficaces para el designio de los otros.

Si nos atenemos así a la sentencia en cuestión –que no es imprescindible vaya acompañada por la Fe para saber cuánto incide en nuestro contorno– y al contexto paradigmático donde se la presenta, ¿por qué tendríamos pues que colocar la violencia que la globalización promueve del lado de la inmanencia en exclusividad? Por el contrario, la sugerencia evangélica apunta preferentemente a los que manipulan aspiraciones trascendentales para servicio del poder más mundano, tiránico y devorador, en cuya intimidad las aspiraciones religiosas, aunque falsificadas, siguen siendo no obstante de fundamental importancia.

¿Y quiénes son hoy más peligrosos, los que se circunscriben, por ejemplo, a la pura consecución de una inmanencia laica o atea, o los que a través de un *aggiornado* ecumenismo religioso, en apariencia trascendental y humanitarista, concurren con el *novus ordo* de su culto desfondado, a la construcción de un tiránico *novus ordo* político-religioso-cultural que no reconoce fronteras?

Pero claro que tampoco la Edad Media escapó de trascendentalistas insidias. Pues sabemos que, movilizados por una clerecía bastante menos mundanizada que la actual, los güelfos hostilizaron sin embargo al poder del Imperio, de legitimidad política insospechable. Y que en su *Monarchia* enfrentó Dante las terribles tribulaciones así despertadas. Atentos, como él, a la claridad evangélica y a la verdad política a la vez, también hoy es preciso pues retribuir lo suyo al poder temporal y al bien común, inmanente, que lo caracteriza. No todo es trascendencia entonces y menos si de trascendencia amañada se trata. Porque también es necesario corresponder al don que por la inmanencia histórica nos llega, imperial en aquel momento, afincado en las naciones ahora.[2] Y combatir sin tregua la falsa trascendencia que pretende sepultarlo.

4

Pero de nuestra instalación histórica estamos hablando. Y claro que, por valioso y clarificador que sea, el fundamento semántico que en el evangelio trasunta no es el único que la preside y condiciona. Desde nuestros orígenes otros fundamentos se articularon con aquél, como el helénico sin duda. O como el romano, acuciante para una América que se define por su romanicidad.

Porque entre los nuestros de moda está también la apelación a una suerte de trascendencia de tradiciones: hinduista, tántrica, budista, islámica, samurai, azteca y hasta mapuche o sioux, por ejemplo. Aunque carecemos de estudios suficientemente prolongados e insistentes a lo largo de las generaciones como para bien desentrañar lo que cada una de esas tradiciones recela, desconocemos asimismo por lo general las lenguas donde ellas arraigan y, por fin, entre nuestra instalación histórica y las que ellas generaron hay hiatos evidentes, por demás difíciles de salvar. ¿Subsiste entonces alguna posibilidad real de reconstruir, al margen de preferencias o caprichos individuales, siempre asechantes, un perfil más o menos seguro de las tradiciones aludidas? Suele suceder por eso que esta apelación trascendente, inficionada de emotividad antojadiza y adobada con un poco de Guenon o Evola –cuya profundidad seguramente no queda comprometida por esto– termine así: o bien consolidando una suerte de ecumenismo tradicionalista, ala derecha del ecumenismo globalizador en ascenso, o bien en una nebulosa envolvente que nos aparta de la rigurosa disciplina imprescindible para ganar acceso a fuentes más afines a nuestra intimidad y más entrañadas en nuestra historia. Como las que trasuntan en Roma por cierto y en sus fundaciones políticas imperecederas.

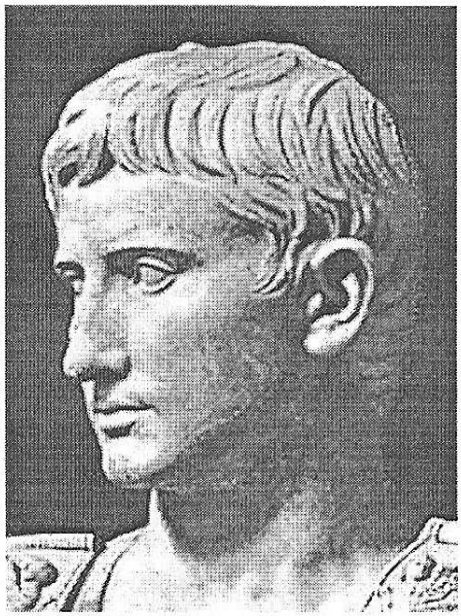
Salvo que la recurrencia a fuentes romanas urge además por otros motivos. Pues tanto para atacar a la potencia hegemónica de hoy, como para defenderla y hacerle propaganda, son muchos ahora los que tienen a esa potencia y a su política internacional por una especie de reviviscencia del Imperio, encargada de imponer la *pax romana* correspondiente a nuestros días. Equiparan en-

[2] En mi trabajo *La inspiración política y su metadesfonde*, Buenos Aires, Cielos Abiertos, 1998, tuve ya ocasión de enfrentar estas difundidas confusiones.

tonces un Clinton, un Carter o un Bush con un Augusto o un Rómulo. Y resultan así incapaces de discernir entre el Imperio y una farsa sustitutiva de él. Especialmente prudente parece por eso detenernos un poco en el diálogo *De re publica* de Cicerón y en el *Somnium Scipionis* donde éste culmina y al que por comodidad nos ceñiremos.

5

Recordemos que Cicerón nos coloca allí ante un sueño, supuestamente tenido por Escipión Emiliano hacia fines del siglo II a. C. En ese sueño se le hacen presentes el alma de su abuelo, el célebre Escipión Africano, triunfador en la segunda guerra púnica, y el alma de su padre, muertos ya los dos. Pero en ese momento estas almas están instaladas ya, según el sueño, en la más alta de las esferas celestes que giran en torno de la tierra, inmóvil y ubicada en el centro del cosmos. Y desde esa enorme distancia abuelo y padre le explican a su también famoso descendiente el sentido de la vida humana, de la política, y así de Roma y de todo lo congruente con ella que pudiera existir sobre la tierra.



Augusto

Dos direcciones aparentemente contrapuestas, pero complementarias, deciden la intimidad de este relato famoso. [3]

Por la primera parece despreciarse la tierra y la obra del hombre. Pues esta dirección deja de un lado la magnitud insondable y articulada del movimiento cósmico (4.17), la asombrosa música de sus esferas raudas y concéntricas (5.18), las dimensiones vastas pero invariablemente rítmicas de sus ciclos temporales, regidos por los astros (7.22-23), y hasta la sorprendente geografía de la tierra considerada en su totalidad (6.19-20). Y del otro la pequeñez de Roma y sus logros históricos, partícipes, como cualquier empresa humana, de lo estrecho, lo efímero y disarmónico (6.19-7.23).

Sin embargo a los ingenuamente afincados aquí nuestra instalación telúrica nos parece vida, incluso vida excluyente de cualesquiera otras o superior a ellas. Pero cuando la contemplamos, como Escipión, desde la maravillosa e inabarcable beatitud estelar, forzoso resulta terminar teniéndola por una prisión de la que urge evadirse para ir adonde los astros, moradas de muchos que aquí consideramos muertos, pero que vivos allí están. "Los que como de una cárcel se desprendieron volando de sus vínculos con el cuerpo viven aquí, y en cambio esa vuestra, que llaman vida, es muerte" [4], le explica por eso el personaje insigne a su nieto que cumple todavía una tarea en la tierra.

Por eso no puede extrañar que el nieto pregunte: "Ya que esto (lo celestial) es la vida ..., ¿por qué –dice– me demoro en la tierra? Por qué no me apresuro a salir de ella y venir aquí, adonde vosotros?" [5]. Pues el objetivo de esta primer confrontación parece inducir al abandono más rápido del aquende, sea por el suicidio –como sugiere Escipión–, sea por una vida de apartamiento que de todo lo terrenal nos aleje (cfr. 9.29 in fine).

Pero la intención más profunda del texto no es apartarnos, sino inducirnos a la más depurada y entrañable consagración a las tareas de este mundo y a la política entre todas. Y este objetivo surge de una segunda y definitiva dirección subyacente.

Pues existe por cierto un dios eterno (8.24), cuyo templo es el entero universo (3.15). Cosmológicamente hablando él constituye el alma o motor de la última esfera del cielo, la que contiene a todas las demás y donde están inscriptas las estrellas (4.17). Pero sobre todo, y éste es para Marco Tulio el motivo más hondo, ese dios cósmico y eterno es además *princeps*, es decir magistrado político supremo cuyo gobierno se extiende sobre todo lo demás y hasta la tierra llega, aunque ésta sea la sede de la inmovilidad o de los movimientos desacompasados que a los del cielo resisten (3.13, 4.17 in fine).

No puede sorprender entonces que, al menos entre todo lo que sobre la tierra se hace, nada resulte tan grato para aquel *princeps* como las sociedades y comunidades humanas, unidas por el derecho a las que los romanos llamaron *civitates*, pero que hoy nosotros preferimos denominar *naciones*:

> *Nihil est enim principi illi deo qui omnem mundum regit, quod quidem in terris fiat, acceptius quam concilia coestusque hominum iure sociati, quae civitates apellantur* (3.13).

[3] Para todo esto cfr. Carlos A. Disandro, *Sentido político de los romanos*, Buenos Aires, Thule Antártica, 1985, esp. pp. 49-76 y R.P. Festugière, *La révélation d'Hermès Trismégiste, II. Le dieu cosmique*, Paris, Belles Lettres, pp. 370-440.

[4] ...Hi vivunt qui e corporum vinculis tanquam e carcere evolaverunt, vestra vero quae dicitur vita mors est. 3.14

[5] ... quoniam haec est vita ... quid moror in terris? quin huc ad vos venire propero? 3.15

Porque aquel *princeps* es *eterno*, sí, y rige desde su esfera el entero mundo. Pero sobre la tierra y entre los hombres tiene su análogo en un dios, *sempiterno* ahora: el alma rectora de nuestro frágil cuerpo (8.24).

Salvo que si el dios celeste tiene tal preferencia en la tierra por las comunidades humanas asociadas en torno de la justicia, la divinidad sempiterna que el alma del hombre es no puede limitarse al cuidado de la vida individual ni retraerse de la vida histórica concreta.

Por el contrario, para este dios sempiterno, para nuestra alma pues o lo que de divino exista dentro de ella, no existe mejor preocupación que la *salus* de la patria; ése es incluso el ejercicio que más rápidamente le permite volar hacia el cielo (9.29). He aquí el servicio (*munus*) divinamente asignado al hombre (3.15), por donde transcurre una suerte de camino abierto para que quienes bien sirvieron a su patria accedan a su beatitud definitiva (8.24). Conservar pues, ayudar e incrementar la nación terrena será la más preciosa de nuestras ocupaciones (3.13) y para realizarla precisaremos de la justicia y la *pietas*, magnas ya cuando a padres y parientes se refieren, pero tanto más cuando a la patria misma (4.16). He allí la *virtus* romana que con su atractivo poderoso llama la vida de los hombres a su culminación verdadera (ad *verum* decus, 7.23).

Pues el desprecio, antes mencionado, por el renombre o la gloria clausurados en la tierra, tan intenso a lo largo de todo el texto, surge en definitiva sólo de una intención purificativa y preliminar; reconoce estrecheces y límites sólo para que dentro de ellos nos entreguemos con piadoso y renovado vigor a la tarea política, donde lo divino se concilia con lo humano:

> *"Hominis enim sunt haec lege generati, qui tuerentur illum globum quid in hoc templo medium vides, quae terra dicitur"* (Los hombres han sido generados por cierto con esta ley, que cuiden de aquel globo que en medio de este templo [el cosmos] ves y que es llamado tierra. 3.15).

No hay que insistir ya a esta altura en que ni el anhelo de una vida retirada, ni mucho menos el suicidio, deberían apartar al hombre del servicio sublime que asignado le fue: convertirse en el *animus* y motor de la tierra y de las naciones afincadas aquí, para que la eterna armonía y justicia del cielo se abran paso también entre nosotros, en la política y la historia, así como por la destreza de la voz o de la pulsación de las cuerdas hace el verdadero músico que trasunte la melodía celestial de las esferas (5.18 in fine). Pues de lo que se trata siempre es de radicar en el aquende energías divinas que con las humanas consuenen, de que se opongan así unidas a los disarmónicos, siempre asechantes, del hombre clauso en sus puros impulsos de raigambre titánica, y de que afronten por allí el riesgo constante de las acciones criminales (2.12) dispuestas a cortar la promotora unión de lo divino y lo humano en la obra política consecuente.

6

Ahora bien, en los lineamientos trazados por el texto insigne, de tan vasta y profunda repercusión en la sociedad romana desde su publicación (51 a. C.), sin excluir a emperadores, [6] ¿cabe acaso una oposición entre trascendencia e inmanencia que deje del lado exclusivo de ésta la promoción de todo lo corrupto y disolvente?

Porque el texto configura, como dijimos, a lo que políticamente se clausura en la gloria o la celebridad meramente humanas y lo tiene por ajeno a la música, el orden o la beatitud celestes o incluso por tan hostil a ello como para promover designios criminales contra los hombres que, como Escipión, lo representan. Y le contrapone la política concebida como operación divino-humana dispensadora de beatitud aquí, en nuestro suelo, nuestra nación, nuestra historia.

Recordemos sin embargo que, puesto que el sumo dios del texto ciceroniano, el *princeps* que rige todo lo demás, es identificado allí con el alma de la última esfera cósmica, es obvio en consecuencia que él no trasciende el mundo. Para dar con una trascendencia inequívoca habrá que esperar la Trinidad cristiana justamente y su santidad insondable, que, aunque se comunique, tiene su fuente de todos modos más allá del mundo y de cualquiera de sus creaturas.

¿Tendremos entonces que colocar las distinciones de Marco Tulio, o el Imperio que con ellas se manifiesta, del lado de ese "paganismo" inmanentista, que tanto gusta fustigar a los güelfos, medievales o de ahora? ¿Y también daremos en consecuencia la razón a quienes, por detractores o por panegiristas, coinciden empero en atribuir dimensión imperial a la potencia hegemónica por donde transcurre hoy una al menos de las vías de la globalización que nos invade?

Contra esta pretensión registremos por lo pronto cuánto repercutió este texto no sólo en la Antigüedad clásica, sino en la cristiana. Desestimarlo obligaría a otro tanto con Lactancio, San Ambrosio, San Agustín, quienes con diversa intención de todos modos lo esgrimen a favor de sus propias concepciones, sin duda que en la trascendencia afincadas.

Pero de los textos evangélicos de donde partimos surge una respuesta más contundente. Pues, hablando en términos muy generales, se reclama en ellos reconocer al poder temporal el don que nos hace y corresponderle en consecuencia con nuestro propio don retributivo. Y esto, aña-

[6] Cfr. Plutarco, *Vidas Paralelas*, Cicerón, in fine.

dirá San Pablo, no a causa de la cólera (*orge*) que este poder puede usar contra nosotros, sino por una cabal comprensión (*syneidesis*) del caso (Rom. 13.15; cfr. 2 Pedro 2. 13-17). Pero en términos concretos, eso que hemos llamado *poder temporal,* es paradigmáticamente mencionado en la sentencia evangélica bajo el preciso nombre del César y por ende del Imperio que sometido a su autoridad está.

Más aún, los tres evangelistas coinciden en detenerse –y así en destacar– la acción solemne que a la solemne sentencia de Nuestro Señor precedió. Pues antes de responder (Mt 22.19 s; Mc 12.15 s; Lc 20.23) hizo El que se exhibiera la efigie e inscripción del César grabadas en una moneda romana. Y tanto de los teocráticos fariseos como de los herodianos de la política clausa exigió que reconocieran, frente a El entonces, el ícono y el epígrafe imperiales; tal como en su propia figura adorable, aunque la detestaran también, estaban allí reconociendo por cierto la concentración paradigmática de todo poder sacerdotal. De estos precisos términos evangélicos debe derivar pues entre otras cosas la posición fundamental que, pese a güelfos y oportunistas, concedió al Imperio la posterior tradición cristiana, que también por Dante transcurre. Y desde su concretidad podemos barruntar de paso que, cualesquiera sean las críticas que puedan hacerse al modo como Constantino realizó su obra, la convergencia de Imperio e Iglesia y las consecuencias que de allí se desprendieron para los lapsos sucesivos de la historia universal no pueden ser mera casualidad desestimable.

Pero para tener alguna medida más precisa de la importancia que concedió esta tradición al Imperio, recordemos que San Pablo (2 Tes 2) alude a algo o alguien que retiene y demora la manifestación del hijo de la abolición, es decir, la de quien San Juan Evangelista denominó el Anticristo. Salvo que, como él antes había explicado ya este tema verbalmente a sus destinatarios, en su carta no indica por escrito de qué o quién se trata el obstáculo en cuestión. La exégesis cristiana se esforzó por eso insistentemente por obtener alguna precisión al respecto; en su opinión largamente predominante, el obstáculo para la manifestación del hombre de la contra-ley (*anomia*) es el Imperio mismo.[7] Y claro que no necesitamos pronunciarnos sobre el acierto o no de esta interpretación; su reiteración a lo largo de los siglos nos basta para entender que la inmanencia del poder imperial y cesáreo cristianamente no fue sentida como valla, sino como colaboradora escatológica de la trascendencia divina. Al punto de que ni siquiera el delicado problema de la persecución de los mártires cristianos por parte del poder imperial –o de quienes entre bambalinas la impulsaban– afectó negativamente a esta convicción; seguramente por considerarse que, como la decisión de Pilatos, dicha persecución surgía de la infidelidad humana, siempre posible, a la misión específica del Imperio, no del ejercicio congruente de ella. Pero por eso mismo también, a los que consentimos la sacra manifestación histórica de este poder, o el texto de Cicerón que enseña a entenderlo y venerarlo, no es tan fácil acusarnos de vulgares "paganos", como tampoco de gnósticos, según es moda en círculos tradicionalistas de raigambre güelfa contra todo lo que se opone, por fundamentadas que sus razones sean, a la avidez teocrática de una conducción eclesiástica corrupta, que esgrime la trascendencia como instrumento de coerción hacia los débiles y los desprevenidos.

7

Acabamos de mencionar que la exégesis cristiana encontró en el Imperio romano nada menos que el obstáculo que impide la manifestación del Anticristo y de su reino definitivo. Sin embargo el Imperio de Occidente cayó en el siglo V, en el XV el de Oriente y con la muerte de Carlos V puede darse por extinguida su reviviscencia romano-germánica, de la que sólo con Napoleón se decretó, como se sabe, la extinción formal. ¿Qué asidero puede seguir teniendo entonces esta interpretación ahora? Pues no parece congruente que una realidad todo lo sublime que se quiera, pero que ya no es, tenga nada para oponer a otra que, según la profecía y nuestra experiencia cotidiana, opera cada día con mayor violencia en la historia.

Recordemos además que Dante por su lado enseñó que el Imperio o Monarquía, correspondiente en la Antigüedad a los romanos, es el mando o principado temporal que rige sobre todos los otros mandos de esta misma condición (Convivio 4.4.7; Monarchia 1.2.2). Y convengamos que, si esto es así, dicha magistratura permanece vacante por lo menos desde el siglo XVI, pese a los intentos posteriores de ayer o de hoy para que se la considere ocupada por alguna substitución burda.

Ciertamente Dante puso así el acento en el supremo mando temporal y en su autonomía, para preservarlo de las asechanzas del trascendentalismo güelfo. Pero el Imperio no puede reducirse a este mando solamente. Pues aunque tenazmente perseguida algo de su vida institucional sigue vigente entre nosotros, y algo también de la decisión divino-humana imprescindible para el sustento de cualquier institución. Sin contar con las lenguas romances o románicas, que sólo pueden entenderse como una nueva manifestación histórica del mismo principio

[7] Cfr. Oscar Cullmann, *Le caractère eschatologique du devoir missionaire et de la conscience apostolique de Saint Paul. Etude sur le* katechon *de 2 Thess. 2.6-7*, en su *Des sources de l'Evangile à la formation de la théologie chrétienne*, Neuchatel (Suisse), Delachaux et Niestlé, 1969, pp 51-75.

lingüístico que en su momento hizo posible el latín, lengua de Roma. [8]

Sin embargo, contra muchos tradicionalistas que resisten la evidencia de los hechos, la caída del Imperio en el siglo V fue verdaderamente tal, con todas sus trágicas consecuencias: Roma dejó de ser la cabeza del mundo y no pudo seguir ejerciendo entre los hombres la *virtus* teándrica (es decir, divino-humana) de su poder dispensador.

Así lo sostuvo don Carlos Disandro en conferencia de 1976 destinada a conmemorar esa caída imperial precisamente. [9] Pero entonces señaló también que, en medio de aquel derrumbe irremediable, ya se estaban gestando no obstante, por la convergencia de romanismo y germanismo, realidades históricas nuevas donde volvería a operar el principio teándrico ciceroniano, sostén de aquella Roma perimida ya. Llama a esto *trasiego* y lo señala "más profundo que la mera herencia, más dinámico que el mero recuerdo histórico y ... más decisivo que las ruinas acumuladas en quince siglos dramáticos" (p. 26), es decir, los que se sucedieron hasta hoy.

El trasiego tuvo así una primera fase, cumplida en el Sacro Imperio de Carlomagno y sus sucesores, donde quedaron definitivamente incorporadas las energías creadoras de la estirpe germánica. Pero también el Sacro Imperio cayó, y con él la Cristiandad, aunque por despiste o por malignidad muchos sigan hoy llamando a defenderla.

Sin embargo ninguna caída histórica puede anular una operación teándrica de la que el desarrollo mismo de la historia depende. Lo anulado fue esa segunda fase, una expresión pues de aquella operación constitutiva, pero sólo para que se abriera otra, seguramente la definitiva.

Salvo que con esta segunda caída quedó vacante, como dijimos, la suprema magistratura imperial y el trasiego dio impulso por eso a las naciones, las europeas primero, cuya fisonomía había ido gestándose ya bajo el Sacro Imperio; luego las americanas, de las de Europa surgidas; por fin toda otra que acompañe, recoja o ejerza algo del mismo principio promotor. Y la comunidad de naciones resultante enfrenta después, en el más dramático conflicto, las parodias contemporáneas de Imperio, siempre insertas ahora entre los distintos tipos de fuerzas que la globalización impulsan; de aquí que para el furor globalizante la abolición definitiva de las naciones y los Estados soberanos sea un objetivo tan primordial.

Demás está decir entonces que la antigua e insistente tesis que identifica Imperio y obstáculo para el Anticristo, a partir del trasiego aludido puede ser convenientemente convalidada: el principio imperial residiría ahora en las naciones, también en las de América románica que conquistaron en dura guerra su Independencia. Pero lo que aquí interesa no es tanto remozar o no una antigua aunque atendible tesis, como discernir con precisión dónde es que el enemigo está.

Pues últimamente han surgido entre nosotros quienes, también aduciendo a menudo Evola o Guenon por ejemplo, lanzan contra las naciones su anatema, porque surgidas de la modernidad, sede necesaria, aseguran, de todo lo desechable. Más aún, en su arremetida contra ellas, estos pretendidos defensores o bien de la trascendencia cristiana o bien de la trascendencia de las tradiciones en su totalidad, han dado en exaltar nada menos que a la Santa Alianza de Metternich y Rothschild, la misma de la restauración jesuítica, el odio contra las naciones románicas de América independizada o el abandono de Grecia en manos de los turcos; remedo de Cristiandad y anticipo de Naciones Unidas o de Unión Europea que el propio Kissinger –quien algo de esto debe saber– estudió y propuso como modelo de decisionismo sinárquico para cualquier imperialismo mundialista de hoy.[10] Y por eso estos despistados, en nombre de la metafísica, el feudalismo o la Hispanidad, colaboran, irresponsable o dolosamente, con la globalización que avanza.

8

Acabamos de hacer un recorrido que ante todo nos llevó desde los planes de la *global-invasión* al análisis del vocabulario por cuya manipulación transcurre la guerra semántica, movilizadora de emotividades, que hoy a todos nos afecta.

Un texto evangélico capital nos permitió luego insinuar entre trascendencia e inmanencia una armonía ciertamente difícil, pero siempre deseable, que no claudique ni ante los designios criminales de los que la trascendencia amañan, ni ante la clausura en un oportunismo político reductivista.

Intentando después superar el escollo de la nivelación de todas las tradiciones en una suerte de ecumenismo trascendental, por llamarlo así, pasamos a la sucinta consideración de un célebre pasaje ciceroniano por donde asomarnos al meollo, o sea el decisionismo divino-cósmico-humano generativo del orden imperial o de la *virtus* equilibrada y humanizadora que permite las sucesivas fases o manifestaciones históricas de éste. Pero como Cicerón, igual que tantos en la Antigüedad tardía, entiende que la beatitud es inmanente al cosmos, tuvimos que detenernos un poco más en los términos concretos del pasa-

[8] Cfr Carlos A. Disandro, *Romanidad y Romanicidad. Una cuestión controvertida*, en Románica N° 9, Universidad de La Plata, 1980.

[9] Se trata de *Caída y trasiego del Imperio Romano*, leída por primera vez en Resistencia, Argentina, luego en Buenos Aires –ocasiones que presencié– y por fin en Valparaíso; publicada en Caput Anguli N° 2, 1979, pp 24-34.

[10] Henry A. Kissinger, *Un mundo restaurado. La política del conservadurismo en una época revolucionaria;* México, FCE, 1973 (en inglés 1964).

je evangélico antes aducido. ¿Habría que incluir el impulso ciceroniano o imperial, dentro de esa inmanencia que muchos trascendentalistas tienen por fuente de todos los males? Advertimos en todo caso que ni de los concretos términos del Evangelio dispensador ni de la exégesis cristiana tradicional se desprende que el Imperio fuera cristianamente sentido como hostil. Sino como tan amigo que hasta se le atribuyó el papel escatológico de obstáculo que el Anticristo y quienes lo promueven deben remover para poder instalar su tenebrosa tiranía global.

Fuimos luego a la noción de *trasiego*, que permite reconocer la magnitud de las terribles caídas del Imperio en sus manifestaciones históricas sucesivas, pero advertir también al mismo tiempo que su principio generativo, el que había hecho posible sus manifestaciones antigua o romano-germánica, no tiene en el presente otra sede desde donde desplegarse que las naciones mismas, por eso tenazmente perseguidas por la global-invasión, a la que por fin retornamos.

Aunque evocador y somero, este recorrido parece suficiente para convalidar que entre trascendencia e inmanencia, o entre Dios y César, lo deseable no es una oposición que los separe, sino una articulación entre armónicos que dé a cada uno lo suyo. Sobre todo cuando la trascendencia cristiana, por la conjunción de una teología y una jerarquía eclesiástica corruptas hasta la médula, ha quedado hoy enteramente insumida en el *judeo-cristianismo*. Porque esto significa que en lugar de la trascendencia trinitaria y de sus exigencias intrínsecas de articulación, entre otras cosas también con el poder político legítimo, sólo quedan ahora ocultos designios teocráticos de avasallar la fisonomía soberana de las naciones, en nombre de una justicia, una caridad o una trascendencia cuidadosamente desfondadas.

9

Sobrevuela sin embargo una última y acuciante cuestión. ¿Es verdad que la sacralidad del Imperio y de sus sucesivas fases manifestativas deba resolverse, como quiere Marco Tulio, en la beatitud cósmica inmanente? ¿O es posible presumirle una fuente más allá? Un pasaje culminante de la *Monarchia* dantesca, en su sobria argumentación escolástica, sugiere quizás una respuesta.

Dante dice allí que el supremo objetivo, de quien tiene la misión de velar por *este* mundo, del magistrado político entonces, debe ser que entre los mortales pueda vivirse libremente en paz. Y sigue así:

> "Como la disposición de este mundo (el de la tierra) sigue la disposición inherente a la circunvolución de los cielos, es necesario que quien vela por lo de aquí sea inspirado por Aquel que en un solo acto contempla la disposición de los cielos en total, para que las útiles enseñanzas de paz y libertad sean aplicadas de modo apropiado a los sitios y los momentos correspondientes. Pues Aquel es el único que ordenó previamente la disposición de los cielos, para que a través de ella, por su personal providencia, cada cosa se vinculara con sus designios" [11]

Para Dante entonces la trascendente beatitud de la fuente trinitaria y la beatitud inmanente de los rítmicos y melodiosos movimientos de los cielos, que conmovía a Cicerón, no sólo no se oponen, sino que las dos a la vez se hacen presentes en la inspiración que mueve a los gobernantes a procurar que las comunidades de la tierra, las nuestras pues, se organicen también en alguna medida según la misma belleza dispensadora que gobierna el cosmos.

Bien podemos entonces elevar ahora nuestros ojos y oídos hacia la beatitud trascendente del Dios trino, que con su providencia hizo posible la beatitud congruente de los cielos. Y descender desde allí, con Marco Tulio, a estas "sociedades de los hombres, unidas por el derecho" que hoy llamamos naciones y redoblar nuestro empeño por conservarlas, asistirlas y engrandecerlas, en la seguridad de que también esta patria americana, la que el destino nos dio, es algo bello. Y algo bello también entregarle la vida.

Arnaldo C. Rossi

Buenos Aires, octubre 2003, agosto 2005

Dante

[11] He aquí el texto latino, Monarchia 3, 15, 11-12. "... hoc es illum signum ad quod maximum debet intendere curator orbis, qui dicitur romanus Princeps, ut scilicet in areola ista mortalium libere cum pace vivatur. Cumque dispositio mundi huius dispositionem inherentem celorum circulatione sequator, necesse est ad hoc ut utilia documenta libertaris et pacis commode locis et temporibus applicetur, de curatore isto dispensari ab Illo qui totalem dispositionem celorum presentialiter intuetur. Hic autem est solus ille qui hanc preordinavit, ut per ipsam ipse providens suis ordinibus queque conecteret.

LA REVOLUCION DE QUITO

Dentro del contexto geopolítico sudamericano, cada vez se hace más patente el accionar mancomunado de fuerzas exógenas y endógenas vinculadas a la *global-invasión,* con el propósito objetivo de disolver los pocos espacios de soberanía que aún empuñan los Estados nacionales que conforman la América Románica.

En el caso ecuatoriano, la figura del ex-presidente Gutiérrez es un paradigma del gobernante con mentalidad vasalla, como lo prueban su declaración en los EE.UU.: "*El Ecuador quiere ser el mejor aliado de Estados Unidos*"; su firma, la más rápida en la historia, de una *carta de intención;* su falta de reclamo ante vejámenes y hundimientos de naves compatriotas en nuestras aguas territoriales por parte de la armada estadounidense; la peligrosa inserción, promovida por él, en el Plan Colombia; en fin, su presión para la firma del *Tratado de Libre Comercio*, ya que éste "*va por que va*", según sus propias palabras.

Debido a estos y otros problemas internos, en abril del año en curso germinó en Quito una revolución *sui generis,* gracias a que no fue dirigida por ningún líder político ni realizada con el apoyo de los movimientos indígenas ni movimientos sociales de tendencias de izquierda; al contrario, fue comandada por una radio alternativa (*La Luna*), que abrió sus micrófonos al pueblo quiteño deseoso de expresar su descontento con el régimen. El nacionalismo y la dignidad afloraron de los corazones de los quiteños y quiteñas de todas edades y clases sociales, lo que impulsó a salir a las calles para pedir que se vaya el traidor. La protesta duró una semana, el gobierno de Gutiérrez no soportó la presión popular y el presidente salió huyendo con destino a Brasil [1].

La sucesión del poder recayó en el vicepresidente Palacio quien inmediatamente se comprometió a cristalizar las demandas de la *revolución de los forajidos*, nombrando por primera vez a ministros independientes de los organismos internacionales y de los grupos financieros internos, especialmente en las carteras de economía, energía y petróleo, gobierno y Cancillería. Se hablaba de una revisión del *Tratado de Libre Comercio* y la deuda externa, de una profunda reforma política para limitar la partidocracia, de la reversión de contratos petroleros suscritos con empresas extranjeras, etc. Pero, ¡sorpresa!, pasaron tres meses y renunciaron tanto el ministro de economía como el presidente de Petroecuador (la empresa petrolera estatal) por falta de apoyo del presidente de la nación. Posteriormente les seguiría el ministro de gobierno. Y mientras se escriben estas líneas, es muy fuerte el rumor de la salida del canciller; es decir, justamente los únicos miembros del gabinete presidencial que representan al espíritu de la rebelión que puso a Palacio en el poder.

Este cambio de dirección del gobierno viene presionado por la potencia talasocrática por cierto, así como por los organismos internacionales, de un lado, y por los acreedores nacionales e internacionales de nuestra deuda externa, del otro.

La posición ecuatoriana de no participar como aliados en el Plan Colombia y las reiteradas denuncias por parte de la cancillería sobre los efectos nocivos de las fumigaciones realizadas por Colombia muy cerca de nuestra frontera, han molestado y demorado los planes estadounidenses para esa zona de conflicto.

El ex ministro de economía hizo varias propuestas muy interesantes, entre las que se destacan la de utilizar menos fondos del presupuesto para el pago de la deuda externa y destinar tales fondos no empleados a lo social, deshaciendo un enorme fondo de reserva que servía únicamente para preanunciar el pago

[1] En cualquier oportunidad, Gutiérrez repetía hasta el cansancio su famosa frase: « o cambiamos al Ecuador, o morimos en el intento », pero apenas tuvo ocasión de pasar a la historia como un Allende, en lugar de tomar un fusil de asalto a lo que se aferró fue al helicóptero que lo llevó a un cuartel previo a su entrada a la embajada de Brasil.

de la deuda, con lo que siempre los papeles de nuestra deuda estaban en alza. Y otro punto para resaltar: él estrechó también las relaciones con Chávez y con eso logró crear una línea de crédito venezolana, que nos permitía ir independizándonos de los organismos multilaterales de crédito. También planteó un proyecto conjunto con Venezuela para refinar productos derivados del petróleo y, dentro del mismo campo, propuso un viraje nacionalista frente a las empresas petroleras extranjeras que operan en el Ecuador [2].

Lastimosamente, con las renuncias antes aludidas, todas las reformas quedaron detenidas, las negociaciones en el *Tratado de Libre Comercio* retomaron las directrices gutierristas, la política exterior cercana a Chávez desapareció, los lineamientos frente al Plan Colombia están por verse, aunque no guardamos sentimientos esperanzadores. Con las debidas excusas se estrecharon nuevamente los lazos con el Fondo Monetario Internacional; tanto es así, que el nuevo director del *Fondo de Solidaridad* (ente que tiene el poder sobre todas las empresas estatales) es justamente un ex empleado de ese organismo internacional. Es decir, llaman al ratón para cuidar el queso.

La lección que resulta de esta Rebelión es que el Poder no es tan omnipotente y se pueden aplicar alternativas al modelo neoliberal. El problema es que cuando los pueblos de nuestro continente se levantan y derrocan gobiernos para refundar nuestras Repúblicas, siempre se recurre a miembros vinculados a la partidocracia y grupos de poder para encabezar este proceso necesario para la supervivencia de la América Románica. Por eso ha podido decirse lo siguiente:

«En toda América Latina el Ecuador ha hecho plantear la pregunta de si les será legítimo a los pueblos levantarse contra gobiernos que, aunque originados en elecciones populares, incumplen con las esperanzas ciudadanas, violan la Constitución y hacen todo lo contrario de lo que el país aspira. ¿Se asimilarán en el continente estas lecciones?» [3]

Francisco de la Torre
Quito, setiembre de 2005

[2] Como primera medida se quiso ejecutar la caducidad de un contrato con la *Occidental Petroleum* (OXY), debido a evidentes incumplimientos, algo único en la historia petrolera del país.

[3] Juan J. Paz y Miño, *Las Rebeliones de Quito*, en *Revista Criterios* de la Cámara de Comercio de Quito, N° 81, mayo 2005.

EL PAMPERO
a m e r i c a n o

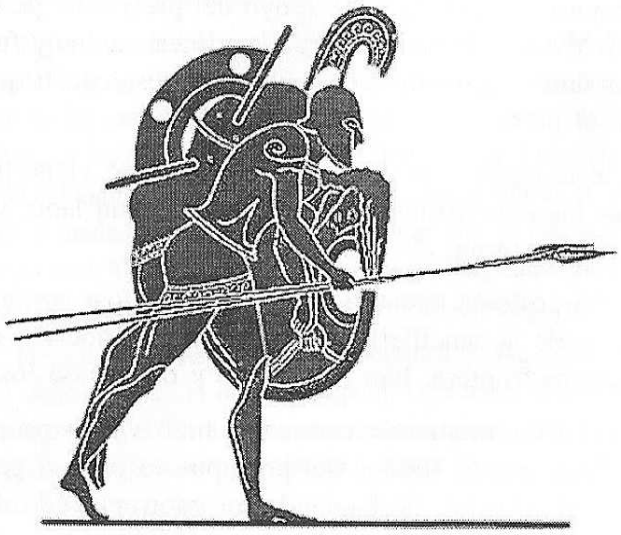
es una publicación de:

EDICIONES
CIELOS ABIERTOS

director: Arnaldo C. Rossi

Casilla de Correo 107
1426 Buenos Aires, Argentina

e-mail: pampeamericano@yahoo.com.ar
p. web: www.pamperoamericano.com.ar



Ayax lleva el cuerpo de Patroclo muerto